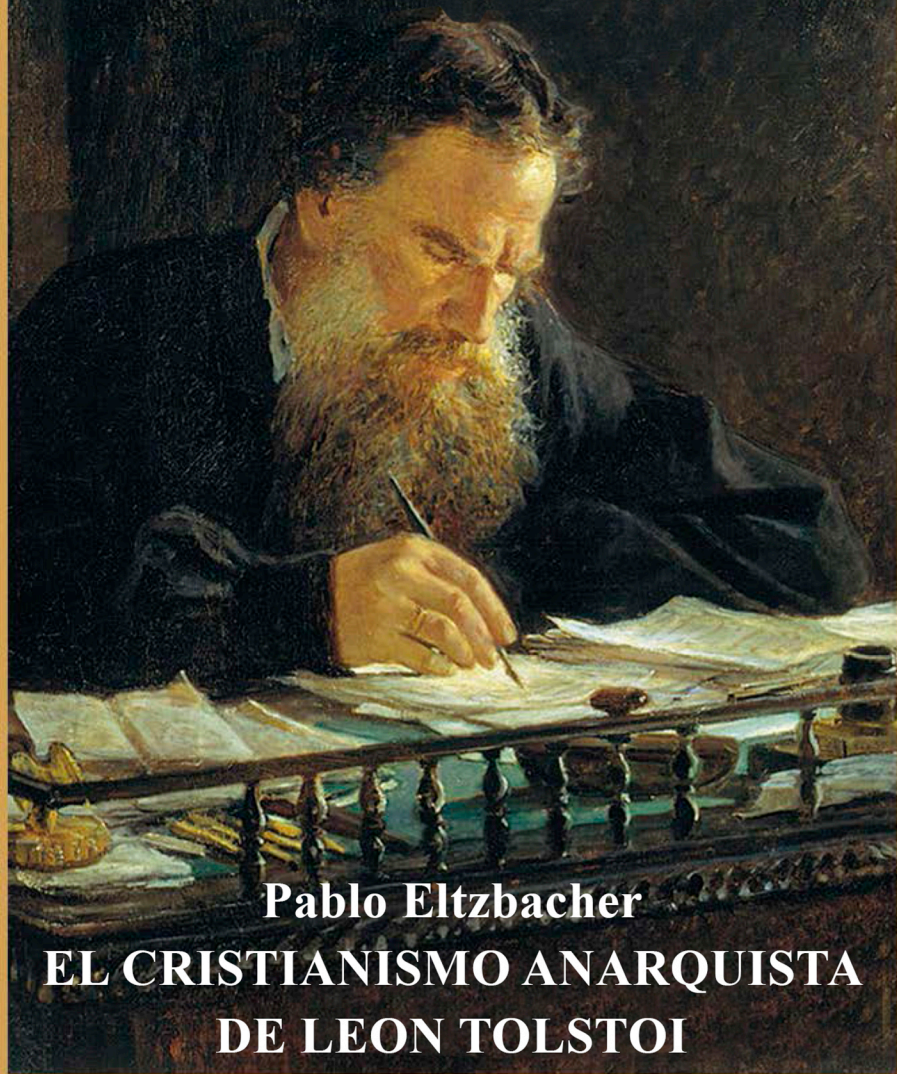


Leon Tolstoi
CRISTIANISMO Y ANARQUISMO



Pablo Eltzbacher
EL CRISTIANISMO ANARQUISTA
DE LEON TOLSTOI

Leon Tolstoi

CRISTIANISMO Y ANARQUISMO

Pablo Eltzbacher

EL CRISTIANISMO ANARQUISTA DE LEON TOLSTOI

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

ÍNDICE

LEÓN TOLSTOI: Cristianismo y anarquismo

NOTA EDITORIAL

- I. SOBRE LA REVOLUCIÓN
- II. LOS ACONTECIMIENTOS ACTUALES EN RUSIA
- III. CARTA A NICOLÁS II
- IV. IMPORTANCIA DE NEGARSE AL SERVICIO MILITAR
- V. A LOS HOMBRES POLÍTICOS

PABLO ELTZBACHER : El cristianismo anarquista de León Tolstoi

NOTA EDITORIAL

INTRODUCCIÓN

- I. BASES GENERALES
- II. EL DERECHO
- III. EL ESTADO
- IV. LA PROPIEDAD
- V. MODO PRÁCTICO DE ACTUACIÓN

CRISTIANISMO Y ANARQUISMO

NOTA EDITORIAL

Con los presentes ensayos de León Tolstoy, vuelve a incidirse sobre una vieja, ardua y constante polémica en nuestros medios: ¿Puede haber compatibilidad entre anarquismo y cristianismo? O, ¿no existe la menor base para ni siquiera establecer un puente de comunicación?

Suficientes datos existen para aseverar que esta comunicación, de hecho, se ha dado; y esta corta obra, en realidad, es muestra inequívoca de lo que afirmamos. También podríamos hablar de las posturas, sin duda anarquistas, florecientes en varias de las llamadas *sectas milenaristas* que proliferaron durante la *Edad Media* e igualmente de los planteamientos anarquistas en la concepción del *personalismo mounieriano*, cuyas tesis han pasado a formar parte del anarquismo actual a través de las opiniones de Carlos Díaz, fiel representante de esta

corriente; así mismo, de los incuestionables análisis y juicios de Iván Ilich que dan plena constancia de la comunicación existente entre anarquismo y cristianismo.

Por estas razones decidimos publicar esta obra, ya que nuestra labor editorial pretende ofrecer a un amplio público todas las posiciones que se asemejan, acercan o confluyen hacia el anarquismo, independientemente de las fuertes polémicas que puedan generar en la comunidad anarquista internacional.

Chantal López y Omar Cortés

SOBRE LA REVOLUCIÓN (1)

No hay peor sordo que el que no quiere oír. Los revolucionarios dicen que su actividad tiene por objeto la destrucción del tiránico estado actual de las cosas que oprime y deprava a los hombres. Pero, para aniquilarle hay que contar de antemano con los medios; tener cuando menos una probabilidad de que ha de lograrse dicha destrucción, y no hay el menor riesgo de que esto pueda suceder. Los gobiernos existen; desde hace mucho tiempo conocen a sus enemigos y los peligros que les amenazan, y por esta razón toman las medidas que hacen imposible la destrucción del estado de cosas por medio del cual se mantienen. Y los motivos y los medios que para esto tienen los gobiernos son los más fuertes que pueden existir: el instinto de conservación y el ejército disciplinado.

La tentativa revolucionaria de 14 de diciembre se hizo en las condiciones más favorables: era en época de un interregno, y la mayor parte de los revolucionarios pertenecían al ejército. ¡Y qué! En San Petersburgo y en Toultschine la insurrección se sofocó casi sin esfuerzos por las tropas sumisas al gobierno, luego vino el reinado de Nicolás I, inepto, brutal, que depravó a los hombres y duró cerca de

treinta años. Y todas las tentativas de revolución, no palaciegas, que siguieron a aquél a, empezando por las aventuras de algunas docenas de jóvenes de ambos sexos que pensaron, armando a los campesinos rusos con una treintena de pistolas vencer un ejército aguerrido de millones de soldados, hasta las últimas manifestaciones de los obreros que con la bandera desplegada, gritaban: *¡Abajo el despotismo!* y que dispersaron fácilmente algunas docenas de polizontes y de cosacos armados de látigo, lo mismo que las explosiones y los asesinatos de 1870, precursores al 1° de marzo [\(2\)](#), todas esas tentativas terminaron, y no podían terminar de otra manera, con la pérdida de varias personas de valía y con un acrecentamiento de fuerza y brutalidad por parte del gobierno. Las cosas no han cambiado. En el lugar de Alejandro II vino Alejandro III, luego Nicolás II. En el de Bogolievov, Glazov, en lugar de Spiagnine, Plehwe; y a cambio de Bobrikov, Obolensky.

No he concluido aún de escribir este trabajo cuando ya Plehwe no ocupa su cargo, y para sustituirle se piensa nombrar a otro aún más odioso que él, puesto que después de la muerte de Plehwe, el gobierno debe volverse más cruel. Nadie puede negar el valor de los hombres como Khaltourine [\(3\)](#), Ryssakov y Mikhaikov [\(4\)](#), y de los que mataron a Bobrikov y a Plehwe, quienes sacrificaron sus

vidas para alcanzar un fin inaccesible. De igual manera tampoco puede dejarse de reconocer el valor y abnegación de aquellos que a costa de los mayores sacrificios empujan al pueblo a la revolución, de los que imprimen y propagan folletos revolucionarios.

Pero es imposible no ver que la actividad de esos hombres no puede guiarles más que a su pérdida y a la agravación de la situación general. Lo que hace que hombres inteligentes, morales, puedan entregarse por entero a una actividad con tanta evidencia inútil puede explicarse únicamente porque, en la actividad revolucionaria, hay una parte de lucha de excitación, de riesgo de la vida, que atrae siempre a la juventud. Es sensible ver la energía de hombres fuertes y capaces gastarse en matar animales, en recorrer grandes trayectos en bicicleta, en saltar obstáculos, en luchar. *etc.* , y es aun más triste ver esta energía gastarse en turbar a los hombres para arrastrarles a una actividad peligrosa que destruye su vida, o, lo que aun es peor, en todo aquello que no prohíbe la ley, o, con más exactitud, según esta definición es la prohibición igual para todos de cometer, bajo pena de castigo, los actos que atentan a lo que se reconoce ser el derecho de los individuos. He aquí; por qué con arreglo a esta definición, se mira la libertad, en la mayoría de los casos como una violación de la libertad del hombre. Por ejemplo, nuestra sociedad reconoce al gobierno el derecho de

disponer del trabajo (impuestos), hasta de la persona (servicio militar) de sus ciudadanos. Se reconoce que algunos hombres tengan el derecho de la posesión exclusiva de la tierra, y sin embargo, es evidente que estos derechos, al proteger la libertad de unos, no solamente no dan libertad a los otros, sino que del modo más brutal privan a la mayoría de disponer de su trabajo y hasta de su persona.

De manera que la definición de libertad como derecho de hacer todo lo que no coarte la libertad de otro, todo lo que no está prohibido por la ley; evidentemente no corresponde al concepto que se le da a la palabra libertad, Y no puede ser de otro modo, porque una definición semejante atribuye al concepto de la libertad la cualidad de alguna cosa positiva, en tanto que la libertad es una concepción negativa. La libertad es la ausencia de trabas. El hombre es libre, solamente cuando nadie le prohíbe, bajo la amenaza de la violencia, ejecutar ciertos actos.

He aquí por qué en la sociedad donde los derechos de las personas están definidos de una manera u otra y donde se exige o prohíbe bajo pena de castigo, ciertos actos, en semejante sociedad los hombres no pueden ser libres. Pueden ser verdaderamente libres sólo cuando todos por igual estén convencidos de la inutilidad, de la ilegitimidad de la violencia y obedezcan a las reglas establecidas, no por

miedo a la violencia o a la amenaza, y sí, por la convicción razonable.

Pero, no faltará quien me objete, que no hay una sociedad semejante, y he aquí por qué en ninguna parte puede existir la verdadera libertad; verdad es que no existe una sociedad en la que no se reconoce la necesidad de la violencia, pero esta necesidad también tiene sus diversos grados. Toda la historia de la humanidad es la sustitución cada vez mayor, de la convicción razonable a la violencia. Además la sociedad reconoce claramente la estupidez de la violencia, y se acerca cada vez más a la verdadera libertad. Esto es sencillo y debería ser claro para todos, si desde hace muchos años no se hubiese establecido entre los hombres la inercia ante la violencia, y el embrollamiento voluntario de los conceptos, para sostener esta violencia que sólo es ventajosa para los dominadores.

La influencia mutua por la convicción razonable, basada en las leyes de la razón comunes a todos, es propia de los hombres y de los seres razonables. Esta sumisión voluntaria de todos a las leyes de la razón y el hecho de proceder cada uno para con los demás en la misma forma con que quiere se proceda con él, son propias a la naturaleza del hombre razonable que es común a todos. Esta relación mutua de los hombres, que realiza el más elevado ideal de justicia, es la

propagada por todas las religiones, y la humanidad no cesa de aproximarse.

Por esta razón es evidente que nos espera una libertad cada vez más grande, no por la introducción de nuevas formas de violencia como hacen los revolucionarios que tratan de anonadar la violencia existente con el empleo de otra violencia, y sí propagando entre los hombres la conciencia de lo ilegítimo, de la criminalidad, de la violencia y la posibilidad de ser sustituido por la convicción razonable, al mismo tiempo que cada individuo vaya empleando cada vez menos la violencia. Y para esparcir este convencimiento y el abstenerse de la violencia, cada hombre tiene un medio accesible y el más poderoso: explicarse este convencimiento a sí mismo, es decir, a esta parte pequeña del mundo que no es sumisa, y gracias a este convencimiento, separarse de toda participación en la violencia, y llevar una vida en la cual ésta deba resultar inútil.

- Piensa con seriedad. comprende y define el sentido de tu vida y de tu destino -la religión te lo enseñará-; trata, en todo lo que te sea posible, de realizar en tu vida lo que consideres como tu destino. No tomes parte en el mal que reconoces y censuras. Vive de manera que la violencia no te sea necesaria, y te ayudarás de la manera más eficaz a adquirir la conciencia de la criminalidad, de lo inútil de la violencia, y,

procediendo así, por la vía más segura podrás esperar la liberación de los hombres, ese fin que persiguen los revolucionarios convencidos.

Pero no se me permite decir lo que pienso, ni vivir como lo creo necesario.

- Nadie puede obligarte a decir lo que tú no crees que es útil y ni a vivir como tú no quieras, y todos los esfuerzos de los que te contradigan no harán más que fortificar la influencia de tus palabras y de tus actos.

¿Pero esa negativa de actividad exterior, no sería un signo de debilidad, de cobardía, de egoísmo? ¿Ese apartamiento de la lucha no ayudaría al aumento del mal?

Existe una opinión semejante; está provocado por los revolucionarios. Pero esta opinión no es sólo injusta, sino que revela mala fe. Que cada hombre que desee colaborar al bien general de los hombres trate de vivir sin recurrir en ningún caso a la protección de su persona y de su propiedad con la violencia. Que trate de no someterse a las exigencias de las supersticiones religiosas y gubernamentales, que en ningún caso tome parte en la violencia gubernamental, sea en los tribunales, sea en las administraciones, o en cualquiera otro servicio, que no se goce, bajo ninguna forma, del dinero arrancado al pueblo a la fuerza, que no tome parte en el

servicio militar, fuente de todas las violencias, y este hombre sabrá por experiencia, cuanto valor más verdadero y cuantos sacrificios son necesarios para seguir este camino que para emplear una actividad completamente revolucionaria.

La negativa de pagar los impuestos o de tomar parte en el servicio militar, se basa en la ley religiosa y moral, que los gobiernos no pueden negar, esta sola negativa, firme y atrevida, quebranta las bases sobre las que se sostienen los gobiernos, y esto será mil veces más seguro que el empleo de las huelgas por largas que sean, que los millones de folletos socialistas, que las revoluciones mejor organizadas o la matanza de políticos.

Y los gobernantes lo saben, el instinto de conservación les ha dicho en donde está el peligro principal. No tienen miedo a las tentativas violentas, pues tienen en sus manos una fuerza invencible; pero saben que son impotentes contra la convicción razonable, afirmada por el ejemplo de la vida.

La actividad espiritual es la fuerza más grande y más poderosa. Mueve al mundo. Pero para que sea la fuerza que mueva al mundo es preciso que los hombres crean en su potencia, que se sirvan de ella sin mezclar procedimientos de violencia que destruyan su fuerza. Los hombres deben saber que todas las mural as de la violencia, aun aquellas que parecen más fuertes, no se destruyen por las conjuraciones,

por los discursos parlamentarios, o las polémicas de los periódicos, y mucho menos por las revoluciones y las matanzas; se destruyen únicamente por la explicación que cada uno se hace del sentido y del objeto de su vida y la ejecución firme, valerosa, sin compromisos, en todos los casos de la vida, de las exigencias de la ley superior, interior de la vida. Sería muy de desear que los jóvenes a quienes nada liga al pasado, que quieren con sinceridad servir al bien de los hombres, comprendan que la actividad revolucionaria que les atrae, no solamente no alcanza un fin persuasivo, sino que es completamente contrario, agota sus mejores fuerzas de la vida en la que pueden servir a Dios y a los hombres; que esta actividad, con más frecuencia, produce actividad contraria, que el objeto que no se alcanza por la clara conciencia de cada individuo sobre su destino y de la dignidad humana, y, en consecuencia, por la vida firme, religiosa y moral que no admite ningún compromiso, ni de palabras ni de actos, con el mal de la violencia que se censura y se desea destruir.

Si la centésima parte de la energía gastada ahora por los revolucionarios para alcanzar fines exteriores inalcanzables hubiese sido empleada en el trabajo interior espiritual, desde hace tiempo, como la nieve al sol del estío, hubiese derretido ese mal contra el cual los revolucionarios han luchado tanto y aun luchan en vano.

Yasnaia Poliana. 22 Julio (4 Agosto 1904).

LOS ACONTECIMIENTOS ACTUALES EN RUSIA

Hace dos meses, recibí de un periódico de la América del Norte, un cablegrama con una contestación pagada de cien palabras: se me preguntaba mi opinión sobre *la importancia, el objeto y las consecuencias probables de la agitación de los Zemstvos*. Teniendo sobre este punto una opinión muy clara y en desacuerdo con la mayoría, creo necesario darla a conocer.

He aquí lo que contesté: *La agitación de los Zemstvos tiene por objeto la limitación del despotismo y la institución de un gobierno representativo. ¿Los instigadores de esta agitación esperan alcanzar con ella su objeto o la continúan para perturbar a la sociedad? En ambos casos el resultado probable será el aplazamiento de la verdadera mejoración social, pues la verdadera mejoración social no se obtiene más que por el perfeccionamiento religioso y moral del individuo. Mientras que la revolución política, colocando ante los individuos la ilusión perniciosa del mejoramiento social por el cambio de las formas exteriores, detiene, generalmente, el verdadero progreso, cosa que puede verse en todos los Estados constitucionales: Francia, Inglaterra, América.*

El contenido de este telegrama apareció en el *Moskovkia Viédemosti* con algunas inexactitudes, y en seguida empecé a recibir y recibo aún cartas llenas de reproches por la idea que he emitido; además los periódicos americanos, ingleses y franceses me preguntan qué es lo que pienso sobre los acontecimientos que en la actualidad se desarrollan en Rusia. No quisiera responder ni a los unos ni a los otros; pero después de las matanzas de San Petersburgo, y los sentimientos de indignación, de miedo, de cólera y de odio que han provocado en la sociedad, creo es deber mío explicarme con más detalles y claridad, de lo que brevemente lo hice en las cien palabras al periódico americano.

Lo que he de decir tal vez ayudará a algunos hombres a verse libres de los sensibles sentimientos de censura, vergüenza, irritación y odio; del deseo de lucha, venganza y de conciencia de su impotencia que ahora sienten la mayoría de los rusos; tal vez esto les ayudará a reconcentrar su energía sobre esa actividad interior, moral, que sólo procura el verdadero bien a los individuos lo mismo que a la sociedad, y que sin embargo, es tanto más necesario cuanto que los acontecimientos que se desarrollan son más complicados y más sensibles.

He aquí lo que pienso de los acontecimientos actuales: Considero no sólo al gobierno ruso, sino a cada gobierno, como una institución complicada, consagrada por la tradición y la costumbre para cometer impunemente la violencia, los crímenes más espantosos, las matanzas, el pillaje, la propagación del alcoholismo, el embrutecimiento, la depravación, la explotación del público por los ricos y los fuertes. Por esta razón pienso que todos los esfuerzos de los que desean mejorar la vida social, deben tender a librar a los hombres de los gobiernos, cuya inutilidad es en nuestra época cada vez más evidente. Este objeto, según mi entender, se consigue por un solo medio, el único: por el perfeccionamiento interior, religioso y moral de los individuos.

Cuanto más superiores sean los hombres bajo el punto de vista religioso y moral, serán cada vez mejores las formas sociales bajo las cuales se irán agrupando, y el gobierno tendrá que recurrir menos a los procedimientos de mal y violencia. Y por el contrario, los hombres de determinada sociedad irán resultando más inferiores, bajo el punto de vista religioso y moral, y el gobierno siendo más poderoso, será mayor el mal que cometa.

De manera que el mal causado a los hombres por el gobierno es siempre proporcional al estado moral y religioso de la sociedad, cualquiera que sea su forma.

Sin embargo, ciertas gentes, ante todo el mal cometido en la actualidad por el gobierno ruso -gobierno especialmente cruel, grosero, estúpido y embustero- piensan que todo ese mal no se produciría si el gobierno ruso estuviese organizado como debía estarlo, sobre el modelo de otros gobiernos existentes (que son las mismas instituciones, buenas para cometer impunemente sobre sus pueblos toda clase de crímenes); y para buscar remedio, esas personas emplean todos los medios que están en su mano pensando que el cambio de formas exteriores puede modificar el fondo.

Una actividad semejante me parece *ineficaz, fuera de razón, irregular* (es decir, que los hombres se atribuyen derechos que no tienen) e *inútil*.

Encuentro esta actividad ineficaz, porque la lucha por la fuerza, y, en general, por las manifestaciones exteriores (y no por la sola fuerza moral) de un grupo pequeño de personas contra un gobierno poderoso que defiende su vida y que para ello dispone de millones de hombres armados y disciplinados, y de millones de rublos, porque semejante lucha, bajo el punto del éxito posible, no es más que ridícula, y es sensible bajo el punto de vista de la suerte de esos

desgraciados que dejándose arrastrar pierden su vida en esta lucha desigual.

Esta actividad me parece irrazonable, puesto que hasta en la hipótesis más probable -el triunfo de los que luchan actualmente contra el gobierno- la situación de los hombres no podría mejorarse.

El actual gobierno, que procede por la fuerza, es tal, solamente porque la sociedad que domina está compuesta de hombres moralmente muy débiles, en la que unos, guiados por la ambición; el lucro y el orgullo, sin ser molestados por la conciencia, tratan por todos los medios de acaparar y retener el poder, los otros por miedo y también por amor a la ganancia y a la ambición, o gracias al embrutecimiento, ayudan a los primeros o se someten también; de cualquier modo y bajo cualquier forma que se agrupen esos hombres, resultará siempre un gobierno semejante y asimismo violento.

Encuentro esta actividad irregular, porque los hombres, que en la actualidad luchan en Rusia contra el gobierno -los miembros liberales de los Zemstvos, los médicos, los abogados, los escritores, los estudiantes, los revolucionarios y algunos millones de obreros separados del pueblo, influidos por la propaganda- por más que crean y se titulen *representantes del pueblo*, no tienen ningún título para ello.

Esos hombres, en nombre del pueblo, reclaman del gobierno la libertad, libertad de la prensa, libertad de conciencia, libertad de reunión, la separación de las Iglesias y del Estado, la jornada de trabajo de ocho horas, la representación nacional, etc. Y preguntad al pueblo, a los cien millones de campesinos, que piensan de esas reclamaciones, y al verdadero pueblo, los campesinos, le costará bastante trabajo responder, porque todas esas reclamaciones, hasta la jornada de trabajo de ocho horas, para la gran masa de los campesinos no tiene ningún interés.

Los campesinos no necesitan nada de todo esto, les hace falta otra cosa: lo que esperan y desean desde hace mucho tiempo, en lo que piensan y hablan de continuo -y de lo cual no hay ni una palabra en todas las proclamas liberales y discursos, y que apenas se ha mencionado en los programas revolucionarios y socialistas- lo que el pueblo espera y desea, es la franquicia de la tierra, del derecho de propiedad, la socialización de la tierra. Cuando el campesino gozará de la tierra, sus hijos no irán a las fábricas, y los que quieran ir se establecerán por sí mismos, por ellos, el número de horas de trabajo y de salario.

Se dice: *dad libertad y el pueblo expondrá sus reclamaciones.* Esto es falso. En Inglaterra, en Francia, en América, la libertad de la prensa es absoluta, sin embargo, en los

parlamentos no se habla de la socialización de la tierra, no se habla apenas en los periódicos, y la cuestión del derecho del pueblo sobre la tierra, queda relegada al último término.

Por esta causa los liberales y los revolucionarios, que dicen interesarse y conocer las dolencias del pueblo, no tienen ningún derecho para ello; no representan al pueblo, no se representan más que a sí mismos.

También, según mi opinión, esta actividad es ineficaz, irrazonable e irregular. Además, es perjudicial, puesto que aparta a los hombres de la actividad única, -el perfeccionamiento moral del individuo- por el cual, y exclusivamente por él, pueden lograrse los fines de los hombres que luchan contra el gobierno.

Lo uno no impide lo otro, se me objetará. Pero esto no es verdad. Nadie puede hacer dos cosas a la vez. Nadie se puede perfeccionar moralmente, y al mismo tiempo tomar parte en actos políticos que arrastran a los hombres a las intrigas, las astucias, las luchas, la cólera, llegando hasta el asesinato. La libertad política no solamente no ayuda a librarnos de las violencias gubernamentales, sino, por el contrario, hace a la vez a los hombres más ineptos para la única libertad que puede redimirles.

Mientras que los hombres sean incapaces de resistir a las seducciones del miedo, del lucro, de la ambición, de la vanidad, que humillan a unos y depravan a otros, formarán siempre una sociedad compuesta de violadores, de impostores y de sus víctimas. Para que esto no suceda, cada individuo debe hacer un esfuerzo moral sobre sí mismo. Los hombres sienten esto en el fondo de su alma, pero quieren esperar de un modo cualquiera, sin hacer esfuerzos, lo que no se ha conseguido por el esfuerzo.

Explicarse, por sus propios esfuerzos, su misión para con la sociedad, establecer su relación para con los hombres, basándose sobre esa ley eterna: *no hagas a los demás lo que no quieras que los demás te hagan a ti*, reprimir sus malas pasiones, que nos entregan al poder de los demás hombres, no ser ni amo ni esclavo de nadie, no fingir, no mentir, ni por temor ni por lucro, no eludir las exigencias de la ley suprema de la conciencia. Todo esto exige esfuerzo.

Imaginarse, por el contrario, que la institución de determinada forma de gobierno, conducirá por una vía mística cualquiera, a todos los hombres, a la equidad y a la virtud, y para llegar a esto, sin ningún esfuerzo del pensamiento, repetir lo que dicen los hombres de un partido, moverse, discutir, mentir, fingir, insultar y batirse, todo esto se hace por sí mismo, sin que haya necesidad de

esfuerzos. Los hombres que quieren que así sea, se persuaden de lo que esto es.

Y entonces, aparece una teoría con arreglo a la cual se trata de probar que los hombres pueden, sin esfuerzos, obtener los resultados del esfuerzo. Esta teoría es semejante a aquélla, con arreglo a la cual, la plegaria por su propia perfección, la fe en la redención de los pecados por la sangre de Cristo o la gracia divina transmitida por los sacramentos, pueden reemplazar al esfuerzo personal. Sobre la misma aberración psicológica está basada también esta teoría extraordinaria de la mejoración de la vida social por el cambio de las formas exteriores que ha producido y que producirá tantos males horribles, y que más que todo, impedirá el verdadero progreso de la humanidad.

Los hombres reconocen que tienen en su vida, algo de malo, y que hay también algo que es preciso mejorar. Pero al hombre no le es factible más que mejorar una cosa: *a sí mismo*.

Pero para mejorarse a sí mismo, es preciso ante todo, reconocer lo que no es bueno, y esto, el hombre no lo quiere hacer. Y he aquí, por qué se fija toda la atención, no sobre lo que esté siempre en nuestra facultad hacerlo, y sí sobre las condiciones exteriores que no son de nuestra incumbencia y cuyo cambio no puede mejorar la situación de los hombres,

como tampoco trasegándole se mejoran las cualidades del vino. Y he aquí que empieza una actividad: 1° estéril, 2° enojosa, orgullosa (pues corregimos a los demás), perversa (se puede matar a los que sean un obstáculo al bien común) y depravada.

Reconstituyamos las formas sociales y la sociedad prosperará. ¡Eso sería hermoso si el bien de la humanidad se lograra tan fácilmente! Por desgracia, o mejor dicho, por fortuna (pues si los unos pudiesen arrebatarse la vida a los otros, esto sería la mayor desgracia de los hombres) y esto no es así. La vida humana se modifica no por el cambio de las formas exteriores y sí, solamente por el trabajo interior de cada individuo sobre sí mismo. Y cada esfuerzo para obrar sobre las formas exteriores o sobre los demás, no hace más que alterar, disminuir la vida de este o de aquellos que -como todos los hombres políticos, reyes, ministros, miembros del parlamento, revolucionarios de todas clases, liberales- ceden a este error pernicioso.

Los hombres que juzgan de una manera superficial, los hombres ligeros que con preferencia se emocionan con la carnicería fratricida cometida frecuentemente en San Petersburgo y con todos los acontecimientos que acompañaron a ese crimen, piensan que la causa principal de dichos acontecimientos radica en el despotismo del

gobierno ruso, y que si la forma autocrática del gobierno ruso fuese reemplazada por la constitucional o republicana, semejantes acontecimientos no podrían repetirse.

Pero el mal principal (si uno se penetra con atención de toda su importancia) el cual sufre ahora el pueblo ruso, no está en los acontecimientos de San Petersburgo; está en la guerra afrentosa y cruel, comenzada a la ligera por una docena de hombres inmorales. Esta guerra ha matado ya a multitud de centenares de miles de rusos, y amenaza aún matar o mutilar a otros tantos; no solamente ha arruinado a los hombres de esta generación, sino, también a los de la generación futura, que abrumada por impuestos enormes, bajo la forma de deuda, perderá las almas de los hombres que con ella se han depravado. Lo que ha pasado en San Petersburgo el 9 de enero no es nada comparándolo con lo que ocurre en el lugar de la guerra donde se mutilan cien veces más hombres de los que han perecido el 9 de enero en San Petersburgo. Y la pérdida de esos hombres en la guerra no subleva a la sociedad, como las matanzas de San Petersburgo, sino que la mayoría miran con indiferencia, otros con compasión el hecho de que se envíen al í mil ares de hombres para la misma insensata matanza, que no tiene objeto.

¡Este mal es horrible! Así, pues, si se habla de los males del pueblo ruso hay que hablar de la guerra; los acontecimientos de San Petersburgo no son más que una circunstancia accesoria que acompaña al profundo mal que existe, y si es necesario encontrar el medio que libre de estos males, ha de ser de tal índole, que libre al mismo tiempo de los dos.

El cambio de la forma despótica de gobierno en forma constitucional o republicana, no libraría a Rusia ni de uno ni otro mal. Todos los Estados constitucionales, lo mismo que el Estado ruso se arman estúpidamente, y, como Rusia cuando se les pone en la cabeza, los pocos hombres que tienen el poder envían a su pueblo a la lucha fratricida; guerra de Abisinia, del Transvaal, de España, con Cuba y Filipinas, de China, del Tibet, guerra contra los pueblos de África, todas estas guerras hechas por los gobiernos más constitucionales y más republicanos; y lo mismo, todos esos gobiernos cuando lo creen necesario reprimen con la fuerza armada, las revueltas y las manifestaciones de la voluntad del pueblo cuando lo consideran como una violación de la legalidad, es decir, de lo que el gobierno, en un momento dado considera que es la ley.

Cuando en un Estado, habiendo una constitución cualquiera, el poder se mantiene por la violencia, y puede ser acaparado por algunos hombres, por medios diferentes, y cualquiera

que sea la forma, siempre habría probabilidad de que ocurran los mismos acontecimientos que ahora ocurren en Rusia la guerra y la represión de las revueltas.

De manera que la importancia de los hechos que han acaecido en San Petersburgo, no están en nada de lo que piensan los hombres ligeros, a saber, que nos han mostrado el mal proceder del gobierno despótico de Rusia, y que por consecuencia hay que tratar de sustituirle por un gobierno constitucional. La importancia de esos acontecimientos es mucho mayor; es que en sus actos el gobierno ruso es especialmente grosero; vemos con más claridad que en los actos de otros gobiernos el mal proceder y la inutilidad no de tal o cual gobierno, sino de todos los gobiernos, es decir, de un grupo de hombres que tienen la posibilidad de someter a su voluntad a la mayoría del pueblo.

El conocimiento, la situación, y las impresiones de los rusos, de los europeos, y sobre todo de los americanos, son completamente análogas a la de dos hombres que llegaron al templo, y de uno de los cuales nos habla el evangelio de Lucas capítulo XVIII, v. 10, 11, 13.

(*fariseos y publicanos*).

En Inglaterra, en Alemania, en Francia, en América, los malos procederes de los gobiernos están tan bien enmascarados,

que los ciudadanos de estos países, en vista de los acontecimientos de Rusia, imaginan sencillamente que lo que pasa en Rusia no ocurre más que en el a, y que ellos gozan de una libertad absoluta y que no tienen necesidad de mejorar su situación, es decir que se encuentran en el estado más excesivo de esclavitud: *en la esclavitud de los que no comprenden que son esclavos y están orgullosos de su situación.*

Bajo este aspecto nuestra situación, la de los rusos, por una parte es más sensible (en atención de que las violencias cometidas son más groseras) y de otra parte mejor, porque a nosotros nos es fácil comprender de que se trata; y he aquí por qué cada gobierno, sostenido por la fuerza es un látigo grande e inútil; por esta razón, el deber de los rusos y de todos los hombres esclavizados por los gobiernos, está no en reemplazar una forma de gobierno por otra, sino en suprimir todo gobierno.

En resumen mi opinión sobre los acontecimientos actuales es la siguiente: el gobierno ruso como todos los gobiernos que existen -americano, francés, japonés, inglés- es un horrible, inhumano, impotente bandido cuya actividad malhechora se manifiesta sin cesar. Por este motivo todos los hombres razonables deben con todas sus fuerzas, tratar

de librarse de cualquiera forma de gobierno, como los rusos deben tratar de librarse del gobierno ruso.

Para librarse de los gobiernos no es necesario luchar contra ellos por las formas exteriores (insignificantes hasta el ridículo en atención a los medios de que disponen los gobiernos) es preciso únicamente no participar en nada, no sostenerles y entonces caerán anonadados. Y para no participar en nada de los gobiernos y no sostenerles es preciso estar libre de las debilidades que arrastran a los hombres a los lazos de los gobiernos y les hacen sus esclavos o sus cómplices.

Estar libre de estas debilidades no es posible, más que para el hombre que se ha formado un juicio sobre el Todo, es decir, sobre Dios, y que según la ley única, superior, que lo desliga de estas debilidades al hombre religioso y moral.

He aquí por qué los hombres ven y comprenden con claridad el mal proceder de los gobiernos -como actualmente los rusos comprendemos, con claridad, el mal de nuestro estúpido gobierno, cruel y embustero, que ha perdido ya centenares de miles de hombres, que arruina y deprava a millones de personas, y que ahora provoca a los rusos al fratricidio- más claramente deben tratar de formar en el os una conciencia limpia, firme, religiosa; con más escrupulosidad deben tratar de cumplir la ley divina que

emana de esta conciencia y que exige de nosotros no la transformación del gobierno existente o el establecimiento de esa organización social que, según nuestras limitadas opiniones, garantizarían el bien general, pero que exige de nosotros una sola cosa; el perfeccionamiento moral, es decir, el despojarnos de todas las debilidades, de todos los vicios que hacen de nosotros esclavos de los gobiernos y nos convierten en los cómplices de sus crímenes.

Había terminado este artículo y me preguntaba si debía publicarlo o no, cuando recibí una carta muy importante sin firma.

Hela aquí:

Desde hace bastantes días que no puedo recobrar la calma. Cuando alguien comienza a hablarme de los obreros muertos, siento odio por el os y sufro una especie de mal físico.

Ha habido cadáveres a montones, mujeres y niños ensangrentados conducidos en carruajes... ¿Pero es esto lo que es horrible? ¡No, son los soldados con sus semblantes bonachones, vulgares, sin pensamiento, sin comprensión, los que en realidad son horribles. Los soldados que golpean la nieve con la suela de sus botas, esperando la hora de fusilar a alguien.

Es también el público con su aspecto ordinario, curioso, quien es horrible. Hasta las personas más buenas van por las calles para ver por sí mismas o saber por los demás, cosas espantosas, cadáveres ensangrentados, mutilados, etc. Como si se pudiese ver algo más espantoso que esos soldados que son como siempre y esas buenas personas que sólo quieren una cosa: estremecimientos de horror.

No puedo definir lo que es más terrible. Es, así me lo parece, el hecho de que ellos no comprendan y que sus semblantes sean vulgares, por más que una hora después vayan a matar, y que la sangre enrojezca el suelo; lo más espantoso a mi modo de ver es el que entre los hombres no exista ningún lazo. ¡Sí, yo creo que esto es lo más terrible! Son de una misma aldea, solamente que los unos llevan capote gris y los otros gabán negro, y uno no puede comprender de ningún modo porque los grises bromean hablando del frío y miran pacíficamente a los hombres vestidos de negro que pasan delante de ellos, mientras que cada cual sabe que tiene cartuchos para diez disparos y que una o dos horas más tarde esos cartuchos se habrán gastado. Y los hombres vestidos de negro les miran como si eso debiera suceder.

Se lee en los libros, se habla sobre lo que desune a los hombres y nadie comprende cuán horrible es esto, y cuando esto se vea en todas partes, como estos días aquí,

momentáneamente todo lo demás deja de existir y no quedan más que los capotes grises, los gabanes negros las pellizas elegantes, y todos se ocuparán de una sola cosa, pero cada cual de manera diferente; nadie se admira, nadie entre el os sabe por qué los unos tiran, por qué caen otros, por qué los demás miran.

¡De vez en cuando, no falta quien recorra la misma vía terrible en donde estaba en el orden de las cosas tirar con arreglo a la voz de mando sin hostilidad ni odio! ¡Pero estos días todo lo demás se ha suspendido momentáneamente! ¡No queda más que esta sola y espantosa cosa! Me parece que un abismo te separa de cada hombre y que tú no puedes franquearle por dispuesto que estés a ello. ¡Este sentimiento es espantoso!

Cinco veces he cogido y he dejado esta carta, al fin me he decidido a escribirla. Tal vez porque es sensible el callarse siempre. Todos hablan de la necesidad de ayudar a los obreros y parecen compadecerse de su suerte. Pero no es la situación de los obreros lo que es horrible, no son el os los que necesitan ayuda, y sí los que arrastran a las gentes y las compadecen, y los que al día siguiente miran los cristales rotos, los reverberos caídos, las huellas de las balas, y sin ver la sangre helada sobre la acera, caminan pisoteándola.

Sí, lo principal es que haya algo que desuna a los hombres, que no haya ningún lazo entre ellos. Lo importante está pues en separar lo que desune a los hombres y en reemplazarlo por lo que les une. *Es toda forma exterior violenta de gobierno la que desune a los hombres; la única cosa que les une, es la aproximación hacia Dios la aspiración hacia Él, porque Dios está sólo para todos y la aproximación de los hombres hacia Dios es una.*

Que los hombres lo quieran reconocer o no, ante todos nosotros se levanta el mismo ideal de perfección, superior, y sólo la aspiración hacia este ideal destruye la desunión y aproximación a los hombres.

Yasnaia Poliana, Febrero 1905.

CARTA A NICOLÁS II

Querido hermano: Este calificativo me parece el más conveniente porque, en esta carta, me dirijo menos al emperador y al hombre, que al hermano. Y, además, os escribo casi desde el otro mundo, encontrándome en espera de una muerte muy próxima.

No quisiera morirme, sin deciros lo que pienso de vuestra actividad presente, lo que podría ser, y el gran bien que podría reportar a millones de hombres y a vos mismo, y el gran mal que puede hacer si persiste en continuar por el camino que ahora sigue.

Una tercera parte de Rusia está sometida a una continua vigilancia policíaca; el ejército de policías conocidos y secretos aumenta sin cesar; las prisiones, los lugares de deportación y los calabozos están repletos; aparte de doscientos mil criminales de derecho común, hay un número considerable de condenados políticos entre los cuales existen ahora multitud de obreros. La censura con sus medidas represivas ha llegado hasta un grado tal que no alcanzó en los peores momentos de los años que siguieron al

de 1840. Las persecuciones religiosas no fueron nunca tan frecuentes ni tan crueles como lo son ahora. Y cada vez van siendo más frecuentes y más crueles.

En las ciudades y en los centros industriales se han concentrado las tropas, que armadas de fusiles se han enviado contra el pueblo. En algunos puntos ya se han producido choques y matanzas y en otros puntos se preparan, y su crueldad aun será mayor.

El resultado de toda esta actividad cruel del gobierno, es que el pueblo agricultor, los cien millones de hombres sobre los cuales está fundada la potencia de Rusia, a pesar de los gastos del Estado que crecen considerablemente, o mejor dicho gracias a este crecimiento del presupuesto, se empobrecen de año en año, de manera que el hambre ha llegado a ser el estado normal, como igualmente el descontento de todas las clases y su hostilidad para el gobierno.

Y la causa de todo esto es clara y justa hasta la evidencia. Hela aquí: vuestros auxiliares os aseguran que deteniendo todo movimiento de la vida del pueblo, garantizan la felicidad de este pueblo, al mismo tiempo que vuestra tranquilidad y seguridad. Pero es más fácil detener el curso de un río que el eterno movimiento de la humanidad hacia adelante, establecido por Dios. Es muy fácil comprender que

los hombres a quienes tal estado de cosas es ventajoso y que en el fondo de su alma se dicen: *¡Después de nosotros el diluvio!*, os hablan así; pero es sorprendente, que vos, hombre de inteligencia y bueno podáis creerles, y que siguiendo sus abominables consejos, hagáis o dejéis hacer tanto mal por una idea tan quimérica como es el detener el eterno movimiento de la humanidad.

Vos no podéis ignorar que desde que estudiamos la vida de los pueblos, las formas económicas y sociales, lo mismo que las políticas y religiosas de esta vida, han progresado de continuo hacia adelante, de groseras y crueles que eran, se han ido dulcificando, convirtiéndose en más humanas, en más razonables. Vuestros consejeros os dicen que esto no es verdad, os dicen que la ortodoxia y la autocracia son necesarias al pueblo ruso, lo mismo ahora que antes, y que deben serlo hasta la consumación de los siglos, de manera que para bien del pueblo, cueste lo que cueste, es preciso defender esas dos formas ligadas entre si; la creencia religiosa y el estado político. Pero es una doble mentira: 1° Nadie puede sostener que la ortodoxia, que en otra época, era propia del pueblo ruso, lo pueda ser ahora; de los informes dados por el procurador general del Santo Sínodo resulta que las personas del pueblo espiritual, de inteligencia más desarrollada, a pesar de todas las desventajas, de los peligros que corren, se separan de la ortodoxia para ingresar

cada vez en mayor número en otras sectas. 2° Si fuera verdad que la ortodoxia es la religión propia del pueblo ruso, no habría necesidad de defender con tanta energía esta forma de creencia, y de perseguir con tanta crueldad a los que la niegan.

En cuanto a la autocracia, sí, ha sido conveniente al pueblo ruso, cuando el pueblo miraba al Zar como un Dios terrenal e infalible, dirigiendo por sí solo los destinos del pueblo; ahora no es así, pues todos saben o llegan a saber: 1° Que un buen Rey no es más que una casualidad feliz, que los reyes pueden ser y fueron tiranos o locos, como Juan IV y Pablo. 2°

Que por bueno y sabio que sea el Zar, no puede dirigir por sí mismo un pueblo de cien millones de hombres, que son los que están al lado del Zar los que dirigen al pueblo, y que se cuidan más de su propia situación que del bien del pueblo.

Se dirá: el Zar puede elegir por auxiliares hombres desinteresados y buenos.

Desgraciadamente el Zar no puede hacerlo, porque no conoce más que algunas docenas de hombres que, por casualidad o por diferentes intrigas se han acercado a él y separado cuidadosamente a los que podrían reemplazarles. De manera que el Zar elige, no entre esos mil ares de hombres verdaderamente instruidos y honrados que aspiran

a ocuparse de los negocios públicos, y si entre aquellos de quienes ha dicho Beaumarchais: *El hombre mediocre y rastrero llega a serlo todo*. Y si los rusos están prontos a obedecer al Zar, no pueden, sin sentir ganas de rebelarse, obedecer a las personas que desprecian. Vuestra errónea creencia en el amor del pueblo por la autocracia y por su representante el Zar, os la ha podido dar el hecho de que cuando llegáis a Moscú y a otras ciudades os sigue una multitud corriendo y gritando ¡Hurra! No creáis que esto sea expresión de afecto a vuestra persona. No, es una multitud de curiosos que corren de igual manera detrás de cada espectáculo, poco frecuente. A menudo, estas gentes que vos tomáis por representantes de los sentimientos del pueblo no son más que una multitud arrastrada e instruida por la policía.

Si vos pudierais pasearos durante el paso de un tren imperial, entre los campesinos colocados detrás del cordón de tropas, que están a lo largo de la vía y oír lo que dicen estos campesinos, los síndicos y otros funcionarios de las aldeas llevados allí por la fuerza de las aldeas inmediatas, y que con frío o lluvia, sin ninguna recompensa, y llevándose sus provisiones, esperan algunas veces durante varios días el paso del tren, entonces oiríais a los verdaderos representantes del pueblo, a los simples campesinos, y sus

palabras no expresan ningún amor por la autocracia ni por su representante.

Si, hace cincuenta años, en tiempo de Nicolás I, el prestigio del poder imperial era aún muy grande, desde hace treinta años no ha cesado de bajar, y, en estos últimos años ha caído tan bajo en todas las clases, que nadie se oculta en censurar abiertamente, no sólo las órdenes del gobierno, sino hasta las del propio Zar, y hasta de burlarse de él o de insultarle.

La autocracia es una forma de gobierno que ha muerto. Tal vez responda aún a las necesidades de algunos pueblos del África central, alejados del resto del mundo, pero no responde a las necesidades del pueblo ruso cada día más culto, gracias a la instrucción que va siendo cada vez más general. Así es, que para sostener esta forma de gobierno y la ortodoxia ligada a él, es preciso, como ahora se hace, emplear todos los medios de violencia, la vigilancia policíaca más activa y severa que antes, los suplicios, las persecuciones religiosas, la prohibición de libros y de periódicos, la deformación de la educación, y en general de toda clase de actos de perversión y crueldad. Tales han sido hasta aquí, los actos de vuestro reinado, empezando por vuestra contestación, que provocó la indignación general de toda la sociedad.

Vuestro calificativo de *sueños insensatos* de los deseos mas legítimos del hombre, que os dio a conocer la diputación de zemstvos del gobierno de Tver. Todas vuestras órdenes sobre la Finlandia, sobre los acaparamientos en China, el proyecto de conferencia de La Haya, acompañado de un aumento de tropas, la restricción de la autonomía local, el acrecentamiento de los abusos administrativos, vuestro consentimiento a las persecuciones religiosas, el consentimiento al monopolio del alcohol, es decir a la venta, por el gobierno, de un veneno que mata al pueblo, y por último vuestra obstinación a mantener la pena corporal, a pesar de todas las peticiones que os han sido hechas para demostraros la necesidad de derogar tan insensata medida, absolutamente inútil y que constituye la vergüenza del pueblo ruso, todos estos actos, vos no podéis haberlos cometido, al no ser inspirado por el consejo de auxiliares poco serios, con el fin de detener la vida del pueblo y hasta con la intención de volverle al antiguo estado de cosas, ya vencido.

Por la violencia se puede oprimir al pueblo, pero no dirigirle. En nuestro tiempo el único medio de dirigir al pueblo de una manera efectiva, consiste en colocarse a la cabeza del movimiento del pueblo, que buscando el bien combate el mal, de los que huyen de las tinieblas buscando la luz y de darle los mejores medios para lograr lo que anhela. Y para

hallarse en condiciones de hacerlo, ante todo, hay que dar al pueblo facilidades para que exprese sus deseos y sus necesidades, y, una vez oídos, satisfacer lo que corresponda, no a las necesidades de una clase, sino a las de la mayoría del pueblo, a las de la masa del pueblo trabajador.

Y los deseos que ahora expresaría el pueblo ruso, si se le diese posibilidad de poderlo hacer, serían los siguientes: Ante todo, el pueblo trabajador diría que desea verse libre de esas leyes exclusivistas que le colocan en la situación de un paria, no gozando de los derechos de los demás ciudadanos. Además diría que quiere la libertad de viajar, la libertad de enseñanza, de la creencia que responda a sus necesidades espirituales. Y, principalmente, el pueblo de cien millones de habitantes, diría a una sola voz, que desea gozar libremente de la tierra, es decir, la abolición del derecho de propiedad sobre el terreno.

Y la abolición de este derecho de propiedad, según mi parecer, es el problema principal y el más perentorio que el gobierno debe resolver.

En cada periodo de la vida humana, existe cierto grado de reforma que debe realizarse antes que otros, puesto que tiende a la mejoración de la vida. Cincuenta años antes, el problema más interesante y perentorio que resolver, era, la abolición de la esclavitud, en nuestros días es la

emancipación de las clases obreras, de esa tutoría que pesa sobre el as, de lo que se llama *la cuestión obrera*.

En la Europa occidental, el logro de este fin parece posible por la socialización de las fábricas. ¿Esta solución del problema es justa o no? ¿Es posible para los pueblos occidentales?

Pero, para la Rusia actual esta solución no es aplicable.

En Rusia, en donde una enorme parte de la población vive de la tierra, y se halla bajo la absoluta dependencia de los grandes propietarios terratenientes, la emancipación de los trabajadores, es evidente, que no puede solucionarse por la socialización de las fábricas. Para el pueblo ruso, la liberación no puede ejecutarse más que por medio de la abolición de la propiedad terrateniente y del reconocimiento de la libre posesión de la tierra. Desde hace mucho tiempo, es este, el deseo más ardiente del pueblo ruso, y espera de continuo que sus gobiernos lo realicen.

Sé, que vuestros consejeros verán en estas ideas el colmo de la ligereza y la falta de sentido práctico de un hombre que no comprende toda la dificultad de lo que es gobernar, y sobre todo parecerá semejante idea de reconocer la propiedad de la tierra como una propiedad común, como el mayor de los absurdos, pero sé también, que para no tener por fuerza que

cometer violencias sobre el pueblo, que cada vez han de ser más crueles, no hay más que un solo medio: tomar por objeto lo que es el deseo del pueblo, y, sin esperar a que la avalancha caiga de la montaña y aplaste lo que encuentre, guiarla por sí mismo, es decir, caminar delante para la realización de las mejores formas de vida. Para los rusos, este fin, no puede ser otro más que la abolición de la propiedad territorial. Solamente entonces podrá el gobierno, sin hacer lo que ahora, concesiones indignas, ejercer de lazo de unión entre los obreros de las fábricas, y la juventud de las escuelas, sin temer por su existencia, servir de guía a su pueblo y dirigirle de una manera real.

Vuestros consejeros os dirán que declarar libre la tierra del derecho de propiedad, es una fantasía irrealizable. Según ellos, forzar a un pueblo viviente, de cien millones de almas a dejar de vivir, a volver a meterse en la concha que desde hace tiempo es necesario romper, no es una fantasía, y sí la realidad y la obra más sabia y más práctica. Pero basta con reflexionar seriamente lo que es irrealizable y enojoso, por más que se haga, y por el contrario lo que es realizable, necesario y oportuno, por más que aún no se haya comenzado.

Yo, personalmente pienso que en nuestra época la propiedad territorial es una injusticia, tan evidente como

hace cuarenta años ya lo era la servidumbre. Pienso que su abolición colocaría al pueblo ruso en el mayor grado de independencia, de felicidad y de tranquilidad.

Pienso también, que esta medida destruiría por completo esa irritación socialista y revolucionaria, que ahora caldea a los obreros y amenaza con mayores males al gobierno y al pueblo.

Pero puedo equivocarme y la solución del problema, no puede darse por el momento, más que por el pueblo mismo, si tiene posibilidad de expresar este deseo. De manera que en todo caso, la primera misión que incumbe al gobierno es abolir el yugo que impide al pueblo a manifestar cuáles son sus deseos y sus necesidades. No se puede hacer bien al hombre que se ha amordazado con el fin de no oír lo que desea para su bien. Solamente conociendo los deseos y las necesidades del pueblo, o de la mayoría, es como puede dirigírsele y hacerle bien.

Querido hermano, en este mundo vos no tenéis más que una vida, y la podéis gastar en vanas tentativas para detener el movimiento de la humanidad desde el mal hacia el bien, desde las tinieblas hacia la luz, movimiento establecido por Dios y que vos podéis, teniendo conocimiento de los deseos y de las necesidades del pueblo, y consagrandó vuestra vida

a satisfacerlas, poner remedio al mal, vivir tranquilo y gozoso, sirviendo a Dios y a los hombres.

Y, por grande que sea vuestra responsabilidad, por los últimos años de vuestro reinado durante los cuales podéis hacer mucho bien o mucho mal, aun más grande es vuestra responsabilidad ante Dios de vuestra vida en la Tierra, de la cual depende vuestra vida eterna, y que Dios os ha dado no para hacer obras perversas de todas clases o tolerarlas, sino para cumplir su voluntad. Y su voluntad es hacer el bien a los hombres y no el mal.

Reflexionad sobre esto, no ante los hombres, y sí ante Dios, y haced lo que Dios os diga, es decir, vuestra conciencia. Y no tengáis miedo a los obstáculos que podáis encontrar, si entráis en esta nueva vía de la vida. Estos obstáculos se destruirán por sí mismos, y apenas les notaréis, si solamente procedéis no por la gloria humana, y sí por vuestra alma, es decir, por Dios.

Perdonadme si, por casualidad os he ofendido o apenado con este escrito. Sólo el deseo del bien del pueblo ruso y del vuestro me ha guiado.

¿He logrado mi intento? El porvenir lo dirá; porvenir que según todas las probabilidades, yo no veré. He hecho lo que creía era de mi deber.

Vuestro hermano que, sinceramente, os desea el verdadero bien.

León Tolstoy

Gaspra, 16 de enero de 1902

IMPORTANCIA DE NEGARSE AL SERVICIO MILITAR

Existe un proverbio ruso que dice: *Puedes desobedecer a tu padre y a tu madre, pero obedecerás a la piel del asno*, es decir, al tambor. Y este proverbio se aplica hasta en el propio sentido, a los hombres de nuestro tiempo que no han aceptado la doctrina de Cristo, o que la aceptan deformada por la Iglesia, en cuya esencia deben renegar a todo sentimiento humano y no obedecer más que al tambor. Y una sola cosa puede libertar del tambor: la profesión de la verdadera doctrina de Cristo.

A los pueblos europeos les ha parecido bien trabajar para establecer nuevas formas de vida, elaboradas desde hace largo tiempo en las conciencias, y siempre es el antiguo despotismo grosero quien guía la vida, y las nuevas concepciones de la vida no solamente no se han realizado. sino que hasta las antiguas, aquellas que la conciencia humana ha denunciado desde hace tanto tiempo, por ejemplo, la esclavitud, la explotación de los unos por los otros en provecho del lujo y de la ociosidad: los suplicios y

las guerras se afirman cada día de una manera cruel. La causa, es que no existe una definición del bien y del mal aceptada por todos los hombres, de manera que, cualquiera que sea la forma de la vida puesta en práctica, ha de ser sostenida por la violencia.

Al hombre le pareciera hermoso inventar la forma superior de la vida social, garantizando, a su parecer, la libertad y la igualdad, no podría librarse la violencia, puesto que él mismo es un violador.

He aquí por qué causa, y por grande que sea el despotismo de los gobernantes, por terribles que sean los males a que este despotismo somete a los hombres, el hombre ligado a la vida social tendrá que verse sometido siempre a él. Este hombre, o aplicará su inteligencia a justificar la violencia existente y a encontrar lo que es malo, o se consolará pensando en que muy pronto ha de hallar el medio de derribar al gobierno y de establecer otro, tan bueno, que transformará todo lo que ahora es malo. Y, en espera de que se realice este cambio, rápido o lento, de las formas existentes, cambio con el cual espera la salvación, obedecerá con servilismo a los gobiernos que existen, sean las que sean, y cualquiera que sean sus exigencias, cierto es que no aprueba el poder que, en un momento dado, emplea la violencia, pero no solamente no niega la violencia, ni los

medios de emplearla, sino, que les juzga necesarios. Y, por esta causa siempre obedecerá a la violencia gubernamental existente. El hombre social es un violador, e inevitablemente ha de ser también un esclavo.

La sumisión, con la cual y sobre todo los europeos, que tan orgullosos se muestran de la libertad, han aceptado una de las medidas más despóticas, más afrentosas que jamás han podido inventar los tiranos, como el servicio militar obligatorio, lo prueba más que nada. El servicio militar obligatorio, aceptado sin contradicción por todos los pueblos, sin revolucionarse, hasta con júbilo liberal, es una prueba resplandeciente de la imposibilidad para el hombre social para librarse de la violencia y para modificar el estado de cosas existentes.

¿Qué situación puede ser la más insensata, más sensible de la que se encuentran ahora los pueblos europeos, que gastan la mayor parte de sus recursos en preparar las cosas necesarias para destruir a sus vecinos, a hombres con quienes nada les separa y con los cuales viven en la más estrecha comunión espiritual? ¿Qué puede haber de más terrible para el os, que tener siempre pendiente, de que un loco que se llama emperador, diga algo que pueda serle desagradable a otro loco semejante? ¡Qué de más terrible que todos esos medios de destrucción inventados cada día:

cañones, bombas, granadas, metralla, pólvora sin humo, torpederos y otros ingenios de muerte! Y sin embargo todos los hombres, como las bestias empujadas por el látigo hacia el hacha irán con docilidad allí donde se les envíe, perecerán sin sublevarse y matarán a otros hombres hasta sin preguntarse por qué lo hacen, y, no sólo no se arrepentirán de ello, sino que se mostrarán orgullosos de esos cintajos que se les autorizará para llevar por haber matado mucho, y levantarán monumentos al desgraciado loco, al criminal, que les ha obligado a cometer actos semejantes.

Los hombres de la Europa liberal se regocijan de que esté prohibido escribir toda clase de tonterías y de pronunciar cuanto les plazca en banquetes en mitines en las cámaras, y se creen completamente libres, lo mismo que los bueyes, que pacen en el prado del carnicero se creen libres en absoluto. Y sin embargo, tal vez nunca el despotismo del poder ha causado tantas desgracias a los hombres como ahora, ni les ha despreciado tanto como hoy. Nunca el descaro de los violadores y la cobardía de sus víctimas ha alcanzado el grado que contemplamos.

Al presentarse los jóvenes en los cuarteles, les acompañan los padres y las madres, y hasta los mismos que han prometido matar. Es evidente que no hay humillación ni vergüenza que no soporten los hombres de la actualidad. No

hay cobardía ni crimen que no cometan si esto les causa el menor placer y les libra del peligro más insignificante. Nunca también la violencia del poder y la depravación de los dominados llegó a tal extremo. Ha habido siempre y hay entre los hombres en posesión de su fuerza moral algo que tienen por sagrado, que no pueden ceder a ningún precio en nombre de lo cual están prontos a soportar privaciones, sufrimientos, hasta la muerte, algo que no cambiarían por ningún bien material. Y, casi cada hombre por poco desarrollado que esté lo posee. Decidle a un campesino ruso que escupa a la ostia o blasfeme del altar y morirá antes que hacerlo. Está engañado, cree que las imágenes son sagradas y no tiene por tal lo que verdaderamente lo es (la vida humana) pero tiene por ley a una cosa sagrada que no cedería por nada. Hay un límite a la sumisión, hay en él un hueso que no se dobla. ¿Pero en dónde está este hueso en el civilizado que no se vende como esclavo al gobierno? ¿Cuál es la cosa sagrada que nunca abandonará? No existe; es completamente mudo y se pliega por entero. Si existiera para él alguna cosa sagrada, entonces, juzgando por todo lo que se cuenta en su sociedad con hipócrita patopeya, esa cosa debería ser la humanidad, es decir, el respeto del hombre en sus derechos, en su libertad, en su vida. ¿Y qué? El, el sabio instruido que en las escuelas superiores ha aprendido todo lo que la inteligencia humana ha elaborado antes que él, él que se coloca por encima de la multitud, él

que habla de continuo de la libertad, de los derechos, de la intangibilidad de la vida humana, se le coge, se le reviste con un traje grotesco, se le manda levantarse, saludar humillarse, ante todos los que tienen un grado más en su uniforme, prometer que matará a sus hermanos y a sus padres, y está pronto a todo esto, pregunta únicamente cuándo y cómo se le ordenará.

Mañana, una vez libre, volverá de nuevo y con más ahínco a predicar los derechos de la libertad, de la intangibilidad de la vida humana etc., etc.

¡Y ya lo veis! ¡Con tales hombres que prometen matar a sus padres, los liberales, los socialistas, los anarquistas, en general los hombres sociales piensan organizar una sociedad en donde el hombre sea libre! ¡Pero qué sociedad moral y razonable puede edificarse con semejantes hombres! Con semejantes hombres, en cualquiera combinación en que se les meta no se puede formar más que un rebaño de animales dirigidos por los gritos y los látigos de los pastores.

Un fardo pesado ha caído sobre los hombros de los hombres y les aplasta y los hombres aplastados cada vez más, buscan la manera de librarse de él.

Saben que uniendo sus fuerzas podrían levantar el fardo y volcarlo, pero no pueden ponerse de acuerdo sobre la

manera de hacerlo, y cada cual se inclina cada vez más, dejando que el fardo se apoye sobre los hombros de los otros. Y el fardo les aplasta cada vez más, y todos hubiesen ya perecido, si no hubiese quién les guiara en algunos actos, no por las consideraciones de las consecuencias exteriores de los actos, y sí por el acuerdo de los ritos con la conciencia.

Esos hombres son los cristianos; en vez del fin exterior cuyo logro exige el consentimiento de todos, se consagran a un fin interior accesible sin que ningún consentimiento sea necesario. En esto está la esencia del cristianismo. Por esto, la salvación del servilismo en que se encuentran los hombres, imposible para los hombres de ideas socialistas, se ha realizado por el cristianismo; la concepción real de la vida debe ser reemplazada por la concepción cristiana de la vida.

El fin general de la vida no puede ser enteramente conocido -dice a cada uno la doctrina cristiana- se presenta ante ti únicamente como la aproximación cada vez más grande, de todos, hacia un bien infinito; la realización del reino de Dios, mientras que tú conozcas indubitadamente el objeto de la vida personal que consiste en realizar en ti la perfección más grande, el amor, necesario para la realización del reino de Dios. Y este fin, tú le conocerás siempre, y es siempre asequible.

Tú puedes ignorar los mejores fines particulares exteriores; se pueden colocar obstáculos entre el os y tú; pero nadie y nada pueden detener la aproximación hacia el perfeccionamiento interior el aumento de amor en ti y en los otros. Y que el hombre reemplace el objeto exterior, social, embustero por el solo fin verdadero, indiscutible, accesible, interior de la vida, en seguida caerán todas las cadenas que parecen imposibles de romper, y se sentirá completamente libre.

El cristiano rechaza la ley del Estado porque no tiene necesidad de ella ni para él ni para los demás, puesto que juzga la vida humana más garantizada por la ley del amor que profesa, que por la ley sostenida por la violencia.

Para el cristiano que conoce las necesidades de la ley del amor, las necesidades de la ley de la violencia, no solamente no pueden serle obligatorias, sino que se presentan ante él como errores que deben ser denunciados y destruidos.

La esencia del cristianismo, es el cumplimiento de la voluntad de Dios que no puede ser posible más que con la voluntad exterior absoluta. La libertad es la condición necesaria de la vida cristiana. La profesión del cristianismo libra al hombre de todo poder exterior, y al mismo tiempo le da la posibilidad de esperar el mejoramiento de la vida que

busca en vano por el cambio de las formas exteriores de la vida.

Les parece a los hombres que su situación se ha mejorado gracias a los cambios de las formas exteriores de la vida, y, sin embargo esos cambios no han sido siempre la consecuencia de una modificación de la conciencia.

Todos los cambios exteriores de las formas que no son consecuencia de una modificación de la conciencia, no solamente no mejoran la condición de los hombres, sino que con frecuencia la agravan. No son los decretos del gobierno los que han abolido las matanzas de niños, las torturas, la esclavitud, es la evolución de la conciencia humana quien ha provocado la necesidad de estos decretos; y la vida no se mejora más que en la medida en que sigue el movimiento de la conciencia, es decir, en la medida en que la ley del amor ha reemplazado en la conciencia del hombre la ley de la violencia.

Si las modificaciones de la conciencia ejercen influjo sobre las de las formas exteriores de la vida, les parece a los hombres que la recíproca debía ser verdadera, y como es más agradable y más fácil (los resultados de la actividad son evidentes) dirigir la actividad sobre los cambios exteriores, prefieren siempre emplear sus fuerzas no en modificar su conciencia y sí en cambiar las formas de vida, y por esta

causa, en la mayoría de los casos se ocupan no de la esencia del asunto sino de su forma. La actividad exterior inútil, cambiadiza, que consiste en establecer y aplicar formas exteriores de vida, oculta a los hombres la actividad interior, esencial del cambio de su conciencia, que es la única que puede mejorar su vida. Y este error es el que retarda cada vez más el mejoramiento general de la vida de los hombres.

Una vida mejor no puede lograrse más que con el progreso de la conciencia humana, y por esto, todo hombre que desee mejorar la vida, debe dedicarse a mejorar su conciencia y la de los demás. Pero esto es precisamente lo que los hombres no quieren hacer, al contrario, emplean todas sus fuerzas en el cambio de las formas de vida esperando que reportarán una modificación de la conciencia.

El cristianismo, y únicamente el cristianismo, libra a los hombres de la esclavitud en que en la actualidad se hallan, y sólo el cristianismo les da la posibilidad de mejorar realmente su vida personal y la vida general. Esto debía ser claro para todos; pero los hombres no lo pueden aceptar, en tanto que la vida, según las concepciones sociológicas, no sea completamente conocida, en tanto en el terreno de las costumbres, de las crueldades, de los sufrimientos de la vida social y gubernamental no sea estudiado en todos sentidos.

Con frecuencia, se cita como la prueba más convincente de la insuficiencia de la doctrina de Cristo, que esta doctrina conocida desde hace diecinueve siglos no ha sido aceptada y admitida más que de un modo exterior. ¿Si es la doctrina conocida desde hace tanto tiempo, no es aun la guía de la vida de los hombres, si tantos mártires del cristianismo han sufrido en vano sin cambiar el orden de lo existente, no es una prueba evidente de que no sea la verdadera y no sea realizable?, dicen los hombres.

Hablar y pensar así es lo mismo que decir y pensar de un grano que no da inmediatamente flores y frutos, y se disloca en la tierra que es mala y estéril.

El hecho de que la doctrina de Cristo no fuese aceptada en toda su importancia desde el momento en que apareció, y no fuese admitida más que en una forma exterior, alterada, era inevitable y necesario.

Una doctrina que destruyó toda la antigua contemplación del mundo y estableció una nueva, no podía ser aceptada de golpe en toda su importancia, no podía serlo más que en un aspecto exterior y deforme. Y, al mismo tiempo, su aceptación bajo esta forma, para que los hombres incapaces de comprender la doctrina y la vía moral, fuesen guiados por la misma vía a aceptarla en toda su verdad.

¿Podemos nosotros imaginarnos a los romanos y a los bárbaros aceptando la doctrina de Cristo en el sentido en que ahora la comprendemos? ¿Es que los romanos y los bárbaros podrían creer que la violencia no llevaba al aumento de la violencia, que las torturas, los suplicios, las guerras no explican y no resuelven nada, pero que embrollan y complican todo?

La enorme mayoría de los hombres de aquel tiempo no era apta para comprender la doctrina de Cristo por la vía moral. Era necesario guiarles por la vía misma, por los medios que mostraban en la práctica, que cada separación de la doctrina entrañaban un mal.

La verdad cristiana que, en otra época, más por el elevado espíritu del sentimiento profético, se convertía en verdad accesible hasta para el hombre de espíritu más sencillo, y en nuestros días, esta verdad se impone a cada cual.

La evolución de la conciencia no se hace por saltos, no es discontinua y nunca se puede encontrar el límite que separa dos periodos de la vida de la humanidad; y sin embargo, existe, como existe entre la infancia y la adolescencia, entre el invierno y la primavera, *etc.* Si no hay un rasgo limítrofe, hay un periodo transitorio, y es el que ahora atraviesa la humanidad europea. Todo está preparado para el paso de un periodo al otro, no falta más que el empuje que realice

este cambio. Y este empuje puede darse a cada momento. La conciencia social niega desde hace tiempo las formas antiguas de la vida, está pronta a adoptar las nuevas.

Todos lo saben y lo sienten igualmente. Pero la inercia del pasado, el temor en el porvenir hacen que con frecuencia lo que está preparado desde hace mucho tiempo en la conciencia de todos no pase aún a ser una realidad, a veces basta una palabra para que la conciencia se imponga, y esta fuerza importante en la vida común de la humanidad -opinión pública- transforma inmediatamente, sin lucha y sin violencia, todo el orden existente.

La situación de la humanidad europea con el funcionarismo, los impuestos, el clero, las prisiones, las guillotinas, las fortalezas, los cañones, la dinamita, parece, en efecto, horrible, pero solamente lo parece. Todo eso, todos los horrores que se cometen y los que se cometerán, no se basan más que en nuestra representación. Todo eso, no sólo no debe existir, sino que debe dejar de existir, con arreglo al estado de la conciencia humana. La fuerza no está en las prisiones, en los hierros, en los cañones, en la pólvora, está en la conciencia de los hombres que aprisionan, cuelgan, manejan los cañones. Y la conciencia de esos hombres está en lucha con la contradicción más manifiesta, la más

temible, se ve atraída hacia dos polos opuestos. Cristo ha dicho que ha vencido al mundo, y en efecto le venció.

El mal del mundo, a pesar de todos sus horrores no existe ya, porque ha desaparecido de la conciencia de los hombres. Y no hace falta más que un empuje pequeño para que el mal se destruya, y haga sitio a una forma nueva de la vida.

En los primeros tiempos del cristianismo, cuando el guerrero Teodoro, declaró al poder que él siendo cristiano no podía llevar armas, y fue ejecutado por este hecho, los que le condenaron le miraban con franqueza, considerándolo loco, y no solamente no se ocultó tal acto, sino que se le entregó a la reprobación general.

Pero, ahora que en Austria, en Prusia, en Suecia, en Rusia, en toda Europa, el numero de refractarios crece de una manera considerable, estos casos no parecen ahora a los potentados casos de locura; sino hechos muy peligrosos, y no solamente los gobiernos no les lanzan a la execración general, sino que les ocultan con cuidado, sabiendo que los hombres se librarán de su esclavitud, de su ignorancia, no por las revoluciones, las asociaciones obreras, los congresos de la paz, los libros, y sí por el medio más sencillo, esto es; que cada solicitado para tomar parte en la violencia sobre sus hermanos y sobre sí mismo se pregunte con asombro *¿Por qué he de hacerlo?*

No son las instituciones complicadas, las asociaciones, los arbitrajes, etc., las que salvarán a la humanidad, será el simple razonamiento, cuando se haga general. Y puede y debe serlo muy pronto. La situación de los hombres de nuestra época, es semejante a la del hombre dormido atormentado por horrible pesadilla; el hombre se ve en una situación espantosa, espera un mal horrible del que ya participa; comprende que no puede suceder, pero no le es posible detenerse y el mal se aproxima cada vez más, es presa de desesperación, ha llegado hasta el fin y se hace esta pregunta: *¿pero es esto verdad?* Y basta que dude de la verdad del mal para que en seguida se despierte y se disipen todas las angustias que sufría.

Está también en este signo de la violencia, de la servidumbre, de la crueldad, de la necesidad de participar con esta terrible contradicción, entre la conciencia cristiana y la vida bárbara, en la cual se encuentran los pueblos europeos. Pero cuando se despierten del sueño en que están sumidos, que se despierten para la contemplación superior de la vida revelada por el cristianismo hace mil novecientos años, que nos I amó de todas partes, y, momentáneamente, desaparecerá todo lo que es tan terrible, y como sucede al despertarse de una pesadilla, el alma, la conciencia del que la sufre, se llenará de gozo, y hasta le será difícil comprender como semejante insensatez podía haber sido un sueño.

Bastará despertarse un instante de ese aturdimiento perpetuo en el cual el gobierno trata de mantenernos, bastará contemplar lo que hacemos bajo el punto de vista de esas exigencias morales que pedimos a los niños, y hasta a los animales, prohibiéndoles que se peguen, para horrorizarlos de toda la evidencia de la contradicción en que vivimos. Se necesita sólo que el hombre se despierte del hipnotismo en que vive, que mire sobriamente lo que el Estado exige de él para que, no sólo se niegue a obedecer, sino que sienta un asombro y una indignación indecibles porque se atrevan a tener con él semejantes exigencias.

Y este despertar puede producirse de un momento a otro.

A LOS HOMBRES POLÍTICOS

*The most fatal error ever happened in the world
was the separation of political and ethical science.*

Shelley

En mi llamada a los trabajadores, he explicado esta idea: que los trabajadores, para librarse del estado de opresión en que se hallan, deben por sí mismos cesar de vivir como viven en la actualidad en lucha contra su prójimo por alcanzar el bien personal y vivir según el principio evangélico: *procede con los demás como los demás quisieras que procediesen contigo.*

Este medio que he propuesto ha provocado, como esperaba, los mismos razonamientos, o mejor dicho, las mismas acusaciones por parte de los hombres de las más encontradas opiniones.

Es una utopía, no es práctico. Esperar para libertar a los hombres que sufren opresión y violencia, a que todos sean virtuosos, esto equivale a condenarse a la inacción a la vez que se reconocen los males existentes.

Y yo he querido decir en algunas palabras, el por qué opino que esta idea no es una utopía, al contrario, merece que se fije en ella la atención con preferencia a cualquier otro medio propuesto por los sabios para mejorar el orden social; he querido decírselo a los que francamente desean -no con palabras, sino con actos- servir a su prójimo.

A estos es a quienes me dirijo.

1

Las ideas de la vida social que guían la actividad de los hombres, se modifican, y, con arreglo a esas modificaciones, cambia también el orden de la vida de los hombres. Hubo un tiempo en que el ideal de la vida social era la absoluta libertad animal durante la cual los unos, según sus fuerzas, en el sentido propio y figurado, devoraban a los otros. En seguida vino el tiempo en que el ideal social era el poderío de uno solo, en que los hombres adoraban a los potentados; no sólo voluntariamente, sino con entusiasmo se sometían a

ellos: Egipto, Roma, *Morituri te Salutant*. Después los hombres tuvieron por ideal un arreglo de la vida, durante el cual el poder era admitido, no por sí mismo, sino para regular la vida de los hombres. Las tentativas de realización de semejantes ideales duraron un cierto tiempo: la monarquía universal; en seguida la Iglesia universal, puestas de acuerdo guiaron varios Estados. Acto seguido apareció el ideal de la representación nacional, en seguida el de la República, con el sufragio universal o restringido. Hoy se estima que este ideal podrá lograrse cuando la organización sea tal que los instrumentos de trabajo cesen de ser de la propiedad privada y sean un bien común a todo el pueblo.

Cualquiera que sea la diferencia que esos ideales presentan en la vida para poderse realizar suponen siempre el poder, es decir, la fuerza que obliga a los hombres a respetar las leyes establecidas. Hoy se supone la misma cosa. Se supone que la realización del bien más grande se conseguirá porque los unos (según la doctrina china, los más virtuosos; según la europea, los elegidos por el pueblo) reciban el poder, establezcan y sostengan con orden, en el cual estén todos garante de frente a frente de los demás, contra los que atenten al trabajo, a la libertad y a la vida de cada cual. No solamente los hombres que ven en el Estado una condición necesaria de la vida humana, sino también los revolucionarios y los socialistas, por más que consideren al

Estado actual como objeto de ser cambiado, reconocen hasta el poder, es decir, el derecho y la posibilidad de los unos a forzar a los demás a que acepten leyes establecidas, como condición necesaria del bienestar de la sociedad.

Esto ocurrió así durante la antigüedad y continúa en nuestros días. Pero los hombres obligados por la fuerza a obedecer ciertas órdenes, no siempre las consideran como a las mejores, por el o se sublevan a menudo contra sus dominadores, las derriban y reemplazan las antiguas órdenes por otras nuevas que, con arreglo a su convicción garantizan a los hombres un bien mayor, por su parte gozan de la autoridad menos para el bien común que por su bien personal; de manera que el nuevo poder era como el antiguo y con frecuencia aun más injusto.

También lo era cuando se revolucionaron contra el poder existente y le vencieron.

Cuando la victoria quedó de parte del poder existente, entonces éste, para garantizarse siguió aumentando los medios de defensa y coartó aún más la libertad de sus súbditos.

Siempre ha sucedido así, en la antigüedad y en los tiempos modernos, y lo mismo sucedió con firme evidencia en nuestro mundo europeo durante todo el siglo XIX. En la

primera mitad del citado siglo las revoluciones, en su mayor parte, triunfaron, pero los poderes nuevos que vinieron a reemplazar a los antiguos -Napoleón I, Carlos X, Napoleón III- no aumentaron la libertad de los ciudadanos, en la segunda mitad, después de 1848, todas las tentativas de revolución fueron suprimidas por los gobiernos y, gracias a las revoluciones antiguas y a las tentativas nuevas, los gobiernos, se defienden cada vez más, y sirviéndose de las invenciones técnicas del siglo pasado que dieron a los hombres un imperio sobre la naturaleza que antes no tenían, aumentan su poder, por más que hacia fines del pasado siglo ese poder ha crecido hasta un grado tal que la lucha del pueblo contra el os se ha hecho imposible.

Los gobiernos han acaparado en sus manos, no sólo enormes riquezas de las que han despojado a los pueblos, no solamente ejércitos disciplinados reclutados con cuidado, sino también los medios morales de acción sobre las masas: la dirección de la prensa, de la religión, y principalmente, la educación. Y estos medios están tan bien organizados y son tan poderosos que, desde 1848 no ha habido en Europa una sola tentativa feliz de revolución.

Este fenómeno es completamente nuevo y peculiar de nuestro tiempo. Cualquiera que fuese el poder de Nerón, Gengis-Kan, Carlomagno, no podían reprimir las revoluciones en sus reinos, y además se encontraban imposibilitados para guiar la actividad intelectual de sus súbditos, su instrucción, su educación, su religión. Ahora todos los medios están en poder de los gobiernos.

No es solamente el sistema Macadam sustituyendo el viejo empedrado de París quien ha hecho imposible las barricadas que se han visto levantar en esta ciudad durante la Revolución. En la última mitad del siglo XIX un Macadam semejante se encuentra en todas las ramas de la administración pública: la policía pública, el espionaje, la banalidad de la prensa, los ferrocarriles, el telégrafo, el teléfono, las fotografías, las prisiones, las fortalezas, las inmensas riquezas, la educación de las nuevas generaciones, y principalmente el ejército, no son más que Macadams en las manos del gobierno.

Todo está tan bien organizado que los gobiernos más insignificantes, los más necios, casi por acción refleja, por instinto de salvaguardia, no toman nunca más que preparativos contra la revolución, y, siempre sin hacer ningún esfuerzo, ahogan las tímidas tentativas de rebelión que los revolucionarios suelen hacer a veces, no logrando

con ello otra cosa más que aumentar el poder de los gobiernos.

El único medio con que en la actualidad se puede vencer a los gobiernos es éste: que el ejército formado por hombres del pueblo, después de haber comprendido la injusticia, el perjuicio que les hace, dejen de sostenerle.

Pero, bajo este punto de vista, los gobiernos saben que su fuerza principal está en el ejército, y han organizado tan bien el reclutamiento y la disciplina, que ninguna propaganda hecha por el pueblo puede arrancar al ejército de las manos del gobierno. Ni un solo hombre perteneciente al ejército y que esté sumido al hipnotismo, que se llama disciplina, a despecho de toda convicción política, no puede estando en las filas, sustraerse al mando, lo mismo que no puede bajar el párpado cuando le amenazan el ojo. Y, los jóvenes de veinte años, que se reclutan para el servicio, educándoles en el espíritu embustero, eclesiástico o materialista, y, también patriótico, no pueden negarse a servir, lo mismo que los niños que se envían a la escuela no pueden negarse a ir. Al entrar esos jóvenes en el servicio, cualesquiera que sean sus convicciones, gracias a la hábil disciplina elaborada por los siglos, en un año, inevitablemente, serán transformados en instrumentos dóciles del poder. Si se presenta algún caso de negativa al servicio militar, muy raro, uno por cada diez mil,

este caso proviene únicamente de los titulados sectarios que proceden así, con arreglo a sus ideas religiosas, o las que el gobierno no reconoce. De manera que en nuestro tiempo, en nuestro mundo europeo, si el gobierno desea conservar el poder, -y no puede dejar de desearlo puesto que la destrucción del poder sería la pérdida de los gobernantes- no puede organizarse ninguna revolución seria, y si se organizara alguna tentativa de este género, en seguida será suprimida, y no tendrá otra consecuencia más que la pérdida de bastantes personas y el aumento del poder del gobierno.

Los revolucionarios, los socialistas que se guían por las tradiciones, arrastrados por la lucha convertida para algunos en profesión, no pueden verlo; pero todos los hombres que juzgan con libertad los acontecimientos históricos, no pueden dejar de notarlo.

Este fenómeno resulta completamente nuevo, y es porque la actividad de los hombres que desean cambiar el orden existente, debe conformarse con esta nueva situación del poder existente, en el mundo europeo.

La lucha entre el poder y el pueblo dura desde hace muchos siglos; trajo primero el cambio de un poder por otro, el de éste por un tercero, *etc.* Desde la mitad del siglo último, en nuestro mundo europeo, el poder de los gobiernos existentes, gracias a los perfeccionamientos técnicos, se ha rodeado de tales medios de defensa que la lucha contra él por la fuerza se ha hecho imposible. Y, a medida que el poder se ha ido haciendo cada vez más fuerte, ha mostrado también cada vez más su inseguridad, la contradicción interior que excita entre el poder bienhechor y la violencia -pues esto es la esencia de todo poder- habiendo crecido la última cada vez más. Resulta evidente que el poder -que para ser bien hecho debería estar en manos de los mejores hombres- se encuentra siempre en manos de los peores, pues los mejores hombres a causa de la esencia del poder en sí, que consiste en el empleo de la violencia para con los demás, no pueden desearle, y por esta razón, no le alcanzan ni le conservan nunca.

Es tan evidente esta contradicción, que parece que todos los hombres debieran verla.

Sin embargo, el solemne aparato del poder, el miedo que excita, la inercia de la tradición son tan poderosos que siglos, mil ares de años, transcurrirán antes que los hombres comprendan su error. Solamente en los últimos tiempos, se

ha empezado a comprender -a pesar de toda la solemnidad de que el poder sigue rodeándose- que su esencia consiste en amenazar a los hombres con la privación de la libertad, de la vida, y a poner en práctica estas amenazas; por esta causa, los que como los reyes, los emperadores, los ministros, los jueces, y los demás que consagran toda su vida a esto, sin otro pretexto que el deseo de guardar su situación ventajosa, no solamente no son los mejores hombres, sino que son siempre los peores, y, siéndolo, no pueden ayudar al bien de los hombres con su poder, al contrario, han suscitado y suscitarán siempre una de las causas principales de los males de la humanidad. He aquí, por qué el poder que en otras épocas excitaba en el pueblo entusiasmo y adhesión, ahora entre la mayor y mejor parte de los hombres provoca no sólo indiferencia, sino también muy a menudo desprecio y odio. Esta clase de hombres, siendo los más inteligentes, comprende hoy que todo el aparato solemne de que se rodea el poder, no es otra cosa más que la camisa roja y el pantalón de pana con que se viste el verdugo, para distinguirse de los demás prisioneros, puesto que él se encarga de la necesidad más inmoral y más repugnante del suplicio de los hombres.

Y el poder, conociendo la nueva forma de mirar las cosas, que cada vez se extiende más entre el pueblo, en la actualidad no se apoya más que en la potencia espiritual,

sobre lo sagrado, sobre la elección; pero no se sostiene más que por la violencia, pues ha perdido y sigue perdiendo la confianza del pueblo. Perdiendo esta confianza se ve forzado a recurrir cada vez más, al acaparamiento de todas las manifestaciones de la vida del pueblo, y gracias a esto provoca un descontento general aún más grande.

4

El poder se ha convertido en inquebrantable, pero ya no se apoya sobre unción, la elección, la representación u otros principios espirituales; se mantiene por la fuerza, y, al mismo tiempo, el pueblo cesa de creer en el poder y de respetarle y sólo se somete a él porque no puede hacer otra cosa.

Desde la mitad del siglo último, desde que el poder se hizo inquebrantable y al mismo tiempo perdió en el pueblo su justificación y su prestigio, empezó a aparecer entre los hombres una doctrina de la libertad -no esa libertad fantástica que propagan los partidarios de la violencia afirmando que el hombre está obligado bajo pena de castigo, a ejecutar las órdenes de los demás hombres- y si la sola y verdadera libertad, que consiste en que cada hombre pueda vivir y proceder según su propia razón; pagar o no los impuestos, entrar o no en el servicio, estar o no en buenas o

malas relaciones con el pueblo vecino que esta libertad sola y verdadera es incompatible con cualquier poder de los hombres sobre los demás.

Según esta doctrina, el poder no es como antes se creía, algo de divino, de augusto, ya no es una condición necesaria para la vida social, sino simplemente una consecuencia de la violencia grosera de unos sobre otros. Que el poder esté en manos de Luis XVI o del Comité de Salvación Pública, del Directorio o del Consulado, de Napoleón o de Luis XVI, del Sultán, del Presidente, del Mikado o de los primeros ministros, en todas partes en donde existe el poder de los unos sobre los otros, no habrá libertad y si opresión. Por esta causa el poder debe ser destruido.

¿Pero cómo destruirle? ¿Y cómo una vez destruído el poder, arreglarse para que los hombres no vuelvan al estado salvaje de grosera violencia ejercida por unos sobre otros?

Todos los anarquistas -como se llaman los propagadores de esta doctrina- están completamente de acuerdo sobre la respuesta a la primera pregunta, y dicen que el poder, para ser destruido de un modo eficaz, debe ser destruido, no por la fuerza, y si por la conciencia que tendrán los hombres de su inutilidad y de su peligro. Pero a la segunda pregunta: ¿Cómo debe establecerse la sociedad sin poder?, responden de diferentes maneras.

El inglés Godwin, que vivía a fines del siglo XVIII y en los comienzos del XIX, y el francés Proudhon que escribió a mediados del siglo último (siglo XIX), respondían a la primera pregunta que bastaba para destruir el poder, que los hombres tuvieran conciencia de que el *bien general* (Godwin) y la *justicia* (Proudhon) eran violados por el poder y que si se extendía entre el pueblo la convicción de que el *bien general* y la *justicia* pueden realizarse, pero únicamente con la ausencia del poder, éste se destruiría por si mismo.

A la segunda pregunta: ¿cómo sin poder podría garantizarse el bienestar de la sociedad? Godwin y Proudhon respondían que los hombres guiados por la conciencia del *bien general* (Godwin) y por la *justicia* (Proudhon) encontrarían necesariamente las formas de la vida más razonables, más justas, y más ventajosas para todos.

Otros anarquistas, como Bakunin y Kropotkin, reconocen también como medio de destrucción del poder, la conciencia, entre las masas, del perjuicio que causa y de sus anomalías con el progreso de la humanidad; pero creen, sin embargo, posible y hasta necesaria la revolución a la que aconsejan estén los hombres preparados. A la segunda pregunta, contestan que desde que el Estado y la propiedad queden destruidos, los hombres se acomodarán con

facilidad a las condiciones razonables, libres y ventajosas de la vida.

A la pregunta sobre los medios de destruir el poder, el alemán Max Stirner y el escritor americano Tucker responden casi lo mismo que los citados anteriormente. Ambos estiman que si uno comprendiese que el interés personal de cada uno, es un guía completamente suficiente y legal para los actos humanos y que el poder no hace más que impedir la manifestación de esos principios directores de la vida humana, el poder se destruiría por sí solo, gracias a la no obediencia y principalmente, como ha dicho Tucker, a la no participación en la autoridad. Su respuesta a la segunda pregunta, es que los hombres, desembarazándose de la creencia supersticiosa sobre la necesidad del poder, no seguirían más que su interés personal, se agruparían entre ellos según las formas más regulares y más ventajosas para cada cual.

Todas estas doctrinas tienen completa razón sobre el punto de que si el poder debe destruirse no ha de ser por la fuerza, puesto que del poder quedaría el poder, y que no puede esperarse ese resultado más que iluminando la conciencia de los hombres, y que los hombres no deben ni obedecerle ni participar de él. Esta verdad es indiscutible. El poder no puede ser destruido más que por la conciencia razonable de

los hombres. ¿Pero en qué debe consistir esta conciencia? Los anarquistas suponen que puede basarse en las condiciones relativas al bien general, en la justicia, en el progreso, y en el interés general de los hombres. Pero sin descubrir que todos esos principios no concuerdan entre sí las mismas definiciones del *bien general*, de la *justicia*, del *progreso*, del *interés personal* son infinitamente variadas; por esto es difícil suponer que los hombres en desacuerdo y comprendiendo de una manera diferente los principios, en nombre de los cuales luchan contra el poder, puedan destruirle cuando está establecido con tanta fuerza y se defiende con tanta habilidad. Y la suposición que las consideraciones del *bien general*, de la *justicia*, de la ley del *progreso* pueden ser suficientes para que los hombres se libren del poder, pero que no tienen ninguna razón para sacrificar el bien personal al bien general, se agrupan en las condiciones equitativas que no coarten la libertad individual, esta suposición es aún menos fundada. En cuanto a la materia utilitaria y egoísta de Max Stirner y de Tucker, que afirma que los procedimientos de cada uno según su interés personal, establecerían aproximaciones equitativas entre todos, no es solamente arbitraria, sino contraría en absoluto a lo que ha pasado y aún pasa en realidad.

De manera que, reconociendo con razón el arma espiritual como único medio de la destrucción del poder, la doctrina

del anarquismo, basándose en una concepción no religiosa y materialista del mundo, no posee esta arma espiritual y se limita a suposiciones, a sueños que dan la posibilidad a los defensores de la violencia -gracias a la falsedad de los medios de realización de su doctrina- de negar sus verdaderas bases.

Y esta arma espiritual es conocida por los hombres desde hace mucho tiempo, siempre destruyó el poder y dio a los que la emplearon una libertad tan completa, que nadie se la ha podido quitar. Esta arma -y no hay otra- es la concepción religiosa de la vida en la cual el hombre considera su existencia terrestre como una manifestación parcial de su vida, ligada con la vida infinita, y juzga que la sumisión a estas leyes es más obligatoria para él que la obediencia a cualquiera de las leyes humanas.

No hay más que una concepción religiosa del mundo, uniendo a todos los hombres en la misma concepción de la vida, incompatible con la sumisión y la participación del poder, que puede destruirse y efectivamente serlo.

Y semejante concepción del mundo, puede sólo dar a los hombres la posibilidad hasta sin participar del poder, de encontrar las formas razonables y equitativas de la vida.

Y, cosa asombrosa, después de haber sido guiados por la vida misma a la convicción que el poder existente es inquebrantable y, en nuestro tiempo, no puede ser destruido más que por la fuerza, los hombres han comprendido -pero solamente entonces- esta verdad evidente hasta el ridículo, que el poder y todo el mal que hace no son más que consecuencias de su mala vida, y he aquí por qué es necesario que los hombres hagan buena vida para destruir el poder y el mal que éste hace.

Los hombres han empezado a comprenderlo, y ahora es preciso que lo comprendan, que no hay más que un medio de realizar bien la vida humana; profesar y cumplir la doctrina religiosa accesible a la mayoría de los hombres. Y solamente será cuando profesen y cumplan esta doctrina religiosa como podrán alcanzar el ideal que ha nacido ahora en su conciencia y al cual aspiran.

Todas las restantes tentativas de destrucción del poder y de una buena organización de la vida de los hombres sin el poder, no será más que un gasto inútil de fuerzas, no acercando sino alejando a la humanidad del fin a que tiende.

He aquí lo que yo quería decir a vosotros a los hombres sinceros, que no estáis conformes con la vida egoísta y deseáis consagrar todas vuestras fuerzas al servicio de vuestros hermanos. Si tomáis parte o deseáis tomar parte, en el arte de gobernar, y por este medio servir al pueblo, reflexionad en lo que es cada gobierno que se sostiene por el poder.

Después de esto, no podéis dejar de ver que no hay ni un solo gobierno que no cometa o no se prepare a cometer determinados actos, apoyándose en la violencia, el pillaje y la matanza.

Un escritor americano poco conocido, Thoreau, en una obra *¿Por qué el hombre no debe obedecer al gobierno?* refiere como él se ha negado a pagar un dólar de impuesto, dando como razón que no quería, con ese dólar, participar en las obras de un gobierno que permite la esclavitud de los negros. ¿Los ciudadanos -no hablo de Rusia, sino de países más avanzados; de la América del Norte con sus actos de Cuba, Filipinas, su conducta para con los negros y la expulsión de los chinos; Inglaterra, con el opio, y los Boers, o Francia con sus horrores de militarismo- no deben y no pueden guardar la misma actitud con su gobierno?

He aquí, por qué un hombre sincero que desee servir a los hombres, si seriamente se ha dado cuenta de lo que es cada

gobierno no puede participar de otra manera más que basándose en el principio *El fin justifica los medios*.

Pero una actividad semejante siempre fue perjudicial a los que la emprendieron y a quienes iba dirigida.

La cuestión es muy sencilla. Al someteros al gobierno y gozando de sus leyes, deseáis alcanzar el mayor grado de libertad posible y los mayores derechos para el pueblo. Pero la libertad y los derechos del pueblo están en razón inversa del poder del gobierno y en general, de las clases dominantes. Cuanta más libertad y derechos tenga el pueblo, menos será el poder y las ventajas de los que gobiernan. Los gobiernos lo saben y teniendo el poder en las manos, admiten voluntariamente, las charlatanerías liberales de todas clases, y hasta algunas medidas liberales insignificantes que justifiquen su poder, y contener en el acto, por la fuerza, toda tentativa liberal que no sólo amenace las ventajas de los gobiernos, sino su existencia. De manera que todos los esfuerzos de servir al pueblo por el poder administrativo o el parlamento, os conducen únicamente al resultado de aumentar con vuestra actividad el poder de las clases dominantes y consciente o inconscientemente participáis de ella. Hay hombres que hasta desean servir al pueblo por medio de las instituciones existentes.

Si vosotros sois de esas personas sinceras que quieren servir al pueblo por medio de la actividad revolucionaria socialista, sin hablar de la insuficiencia de este fin, del bienestar material que nunca satisface a nadie, reflexionar sobre los medios de que disponéis para lograrlo. Esos medios son: primero y principal, inmorales, por que contienen la mentira, el engaño, la violencia y las matanzas y, segundo, en ningún caso alcanzarán su objeto.

La fuerza y la prudencia de los gobiernos que defienden su vida, son en la actualidad tan grandes que ninguna astucia, engaño, crueldad, no sólo no podrán derribarles, sino quebrantarles. Actualmente toda tentativa de revolución no reporta más que una nueva justificación de la violencia de los gobiernos y aumenta su poderlo.

¿Aun admitiendo lo que es hasta imposible, que en nuestro tiempo la revolución sea coronada por el éxito primeramente, porque pensar que, en contrario a todo lo que fue siempre, el poder que destruiría el poder aumentaría la libertad de los hombres y seria más benéfico que el que hubiese sido destruido? Segundo, si en contra del buen sentido y de la experiencia, fuese posible admitir que el poder que destruya al poder diese a los hombres la libertad de establecer las condiciones de la vida que juzgan más útiles para el os, no hay ningún motivo para pensar que

los hombres que viven la vida egoísta, establecerían entre ellos mejores condiciones que antes.

Que el rey de Dahomey de la constitución, hasta la más liberal que pueda existir y hasta que también realice la nacionalización de los instrumentos de trabajo que, según los socialistas, salvará a los hombres de todos los males, alguien deberá tener el poder para vigilar que esas condiciones se cumplan, y que los instrumentos de trabajo no caigan bajo el dominio de particulares. Y como esos hombres serán dahomeyanos, con su concepción del mundo, entonces, evidentemente, bajo una forma u otra, la violencia de algunos dahomeyanos sobre los demás, será la misma que si no hubiese constitución ni nacionalización de los instrumentos de trabajo. Antes de establecer el Estado socialista sería necesario que los dahomeyanos perdiesen su afición a las víctimas ensangrentadas. La misma cosa es también necesaria para los europeos.

Para que los hombres puedan vivir la vida común sin oprimirse mutuamente, no son las instituciones sostenidas por la fuerza las que se necesitan, y sí un estado moral de los hombres en el cual por convicción interna, y no por fuerza procedan con los demás como quieren que los otros proceden con ellos. Y hay hombres que así lo hacen. Viven en comunidad religiosa en América del Norte, en Rusia, en el

Canadá. Esos hombres viven sin leyes sostenidas por la fuerza y viven en común sin oprimirse unos a otros.

Así, la actividad razonable, propia de nuestro tiempo, para los hombres de nuestra sociedad cristiana es una: la profesión y la propaganda, por las palabras y los actos de la doctrina religiosa última y superior que conocemos; la doctrina cristiana, no la que se acomoda al orden existente de la vida, no exigiendo a los hombres más que cumplan con los ritos exteriores o se conformen con la fe o el sermón, con la salvación por la redención, y sí, ese cristianismo vital cuya cualidad necesaria está no sólo en la no participación en los actos del gobierno, sino en la obediencia a sus exigencias, puesto que estas exigencias, desde las contribuciones hasta los tribunales armados son completamente contrarias al verdadero cristianismo.

Siendo esto así, es evidente que la actividad de los hombres que deseen servir a su prójimo debe dirigirse no a la institución de las formas nuevas, sino hacia el cambio y perfección de sí mismo y de los demás hombres.

Los hombres que procedan en contra de esto piensan por regla general, que las formas de la vida, y las cualidades de los humanos y las ideas que tienen del mundo, pueden perfeccionarse simultáneamente. Pero al pensar eso los hombres cometen el error de costumbre y toman el efecto

por la causa y la causa por el efecto o el fenómeno que le acompaña.

El cambio de las cualidades de los hombres y de su concepto del mundo entraña inevitablemente el cambio de las formas en las cuales han vivido los hombres mientras que los cambios de las formas de la vida no solamente no ayudan al cambio de las condiciones de los hombres y de su concepción del mundo, si no impiden aún más dirigiendo sobre una vía falsa la atención y la actividad de los seres humanos. Cambiar las formas de la vida esperando por este medio, cambiar las cualidades de los hombres y su concepto sobre el mundo, es lo mismo que colocar de diferentes maneras leña verde en una estufa, con la esperanza de que puesta de cierto modo arderá la leña verde. Sólo la leña seca se enciende de cualquier modo que se coloque.

Este error es tan evidente que los hombres no podrían ignorarle si no hubiese una causa que les prepara a este engaño. Esta causa estriba en que el cambio de las cualidades de los hombres debe empezar por sí mismos y exige mucha lucha y trabajo, mientras que el cambio de la forma de la vida de los demás se hace con facilidad, sin trabajo interior, y tiene el aspecto de una actividad muy grave e importante.

Es en contra de este error, fuente del mayor mal, contra lo que deseo ponerlos en guardia, a vosotros, a los hombres que sinceramente queréis servir al prójimo con vuestra vida.

6

Pero nosotros no podemos vivir tranquilamente profesando y propagando el cristianismo, cuando vemos a nuestro alrededor hombres que sufren. Queremos servirles con actividad. Estamos prontos a dar nuestro trabajo y hasta nuestra vida para ello, dicen los hombres con una indignación más o menos sincera.

Pero, ¿por qué sabéis que estáis llamados a servir a los hombres por ese medio, precisamente que os parece el más útil y el más eficaz? , responderla yo a esos contradictores.

Lo que decís muestra únicamente que ya habéis decidido que no se puede servir a la humanidad por la vía cristiana y que se ha cesado de prestarle servicios fuera de la actividad política que os atrae.

Pero todos los hombres políticos piensan lo mismo y entre ellos, todos se muestran hostiles, por más que no todos puedan tener razón. Esto estaría bien si cada cual pudiese

servir a los hombres en la forma que fuese de su agrado, pero esto es imposible. No hay más que un solo medio de servir a los hombres y de mejorar su situación: es el de profesar la doctrina en donde se tienda por el trabajo del espíritu a la mejoración de sí mismo. Y la perfección del verdadero cristiano, que naturalmente, vive de continuo entre los hombres y no se aleja de ellos, consiste en establecer las mejores y más cordiales relaciones entre él y los demás hombres. El establecimiento de semejantes relaciones entre los hombres no puede por menos que mejorar su situación general, aunque la forma de esta mejora permanezca desconocida para el hombre.

Verdad es, que sirviendo con la actividad gubernamental, parlamentaria o revolucionaria, definimos de antemano los resultados que esperamos conseguir, y con ellos podemos aprovecharnos de todas las ventajas de la vida agradable, lujosa y adquirir una situación brillante, el aplauso de los hombres y la gloria. Y si alguna vez ocurre que los que toman parte en semejante actividad sufren, entonces sus sufrimientos son de aquellos que ante la esperanza del éxito se soportan con facilidad. En la actividad militar aún son más probables los sufrimientos y la muerte, y sin embargo, sólo la eligen los hombres poco morales y egoístas.

Pero la actividad religiosa: 1° No muestra los resultados que espera, 2° exige se renuncie al éxito exterior, y no sólo no da una posición brillante y gloriosa; sino que coloca a los hombres en la situación más ínfima, sometiéndoles no sólo al desprecio y a la censura de los demás, sino a los sufrimientos y a la muerte.

Así es que en nuestra época de servicio militar obligatorio, la actividad religiosa, obliga a cada hombre (llamado para servir a la matanza) a soportar todos los castigos que los gobiernos imponen por negarse al servicio militar. Por esta causa es difícil la actividad religiosa, pero en cambio, solamente ella da al hombre la conciencia de la verdadera libertad, y la tranquilidad del que hace lo que debe.

Esta actividad es la única verdaderamente fértil y, excepto el fin supremo, espera pasando por los medios naturales y más sencillos, los resultados que los hombres públicos esperan conseguir por medios artificiales.

De manera que el medio de servir a los hombres, no es más que uno: es decir, vivir por sí la vida honrada. Y este medio, no sólo no es una quimera, como piensan aquél os que es desventajoso para el os, sino, que son quimeras todos los demás medios, por los cuales los caudillos de las masas las arrastran a la vida falsa, alejándolas de la única vida verdadera.

7

Admitamos que esto sea así: pero ¿cuándo podrá realizarse? dicen los hombres que desean ver lo antes posible la realización de este ideal.

Es evidente que sería mucho mejor que pudiese hacerse lo antes posible, inmediatamente; pero no puede hacerse, es preciso esperar que las semillas germinen, que den hojas y en seguida se trasformen en árboles y así podríamos formar el bosque.

Se pueden plantar ramas y, en poco tiempo se vería algo semejante a una selva, pero no sería más que un remedo. Como hacen los gobiernos se puede establecer un orden semejante, pero no haría más que alejar el verdadero *orden*. 1° ¿Por qué engañan a los hombres mostrándoles un orden que no existe? 2° Porque semejante buen orden no se obtiene más que por el poder, y el poder deprava a los hombres, dominadores y dominados, y, en consecuencia, hace menos posible el verdadero buen orden.

Así es, que las tentativas de realizar el ideal con rapidez, no sólo no ayudará su verdadera realización, sino que la estorban.

La pregunta vuelve a quedar reducida a esta: ¿el ideal del hombre -la sociedad bien organizada sin la violencia- se realizará pronto o no? Esto depende de los que dirigen a las masas y desean francamente el bien del pueblo, si comprenden pronto que nada aleja a los hombres de la realización de su ideal que lo que ahora hacen, a saber, mantener las antiguas supersticiones o la negativa de toda religión, sujetar la actividad del pueblo al servicio del gobierno. Que los hombres que desean con sinceridad mejorar la suerte de su prójimo comprendan toda la vanidad de los medios propios de los hombres políticos y revolucionarios para establecer el bien de los hombres, que comprendan que el único medio de librar a los hombres de sus males, está en que los hombres por sí mismos dejen de vivir la vida egoísta, pagana, y empiecen a vivir la vida humana, cristiana, y no reconozcan como ahora, ser posible y legal, aprovecharse de la violencia sobre el prójimo, participando de ella para lograr su bien personal, sino, que por el contrario, siguiendo en la vida la ley fundamental suprema, procedan con los otros como los otros quieren que procedan con el os, etc., y la forma irrazonable, cruel de la vida, en la cual vivimos ahora, se destruirá, para establecerse una forma nueva, propia de la conciencia de los hombres.

¡Que se piense únicamente en la enorme y hermosa forma espiritual, que se gasta ahora para servir al Estado, que ya ha

vivido lo suyo y para detener la revolución; que se piense en toda la fuerza joven, ardiente que se gasta en los fines revolucionarios en la lucha imposible contra el Estado impulsada por los sueños socialistas completamente irrealizables! Y todo esto sirve no sólo para alejar, sino, para hacer imposible la realización del bien al cual aspiran todos los hombres. ¿Qué sucedería si todos los hombres que gastan sus fuerzas tan infructuosamente, y con frecuencia en perjuicio del prójimo, la dirigiesen sobre este punto, único, que da la posibilidad de la buena vida social, basada en el perfeccionamiento interior?

¿Cuántas veces podrían construir con materiales nuevos, sólidos, una cosa nueva, si todos los esfuerzos gastados, para restaurar la vieja, se empleasen resueltamente y la buena fe en la preparación de los materiales para construir la casa nueva que, con seguridad en sus comienzos no podría ser tan lujosa y cómoda para ciertos privilegiados como la vieja, pero que indudablemente sería más sólida y ofrecería todas las posibilidades de la necesaria perfección no sólo para un elegido, sino para todos los hombres?

De manera que todo lo que he dicho aquí se resume en esta verdad, la más sencilla indiscutible y comprensible para todos: que el reinado de la buena vida entre los hombres exige necesariamente que los hombres sean buenos.

No hay más que un solo medio de proceder sobre la buena vida de los hombres; que en sí sean buenos.

He aquí por qué la actividad de los hombres que desean ayudar al establecimiento de la buena vida no puede estar más que en la perfección interior cuyo cumplimiento lo explica el Evangelio en estas palabras: *Sed perfecto como nuestro Padre en el Cielo.*

PABLO ELTZBACHER

El Cristianismo anarquista de León Tolstoi

NOTA EDITORIAL

El escrito que a continuación publicamos, corresponde a un capítulo de la obra del jurista alemán Pablo Eltzbacher, intitulada, El anarquismo según sus más ilustres representantes (1), traducida del alemán por el maestro salmantino Pedro Dorado (2) y editada por La España Moderna, a principios del siglo XX.

En este trabajo, el autor logra realizar la increíble tarea de estructurar un escrito ameno a pesar de utilizar más de trescientas citas de diversas obras de León Tolstoi, acomodándolas de tal manera que alcanza excelentes resultados, puesto que con creces pone al alcance del lector el pensamiento de este escritor ruso, referente a su sui generis concepción cristiana anarquista.

Perteneciente al género del ensayo jurídico, este capítulo es uno de los pocos escritos editados en español, en que se

abordan las relaciones entre el anarquismo tolstoiano y el derecho.

En este escrito, Pablo Eltzbacher expone ante el lector una magnífica síntesis relativa a la teoría anarco-cristiana de León Tolstoi, en la que destaca la comprensión del valor de la tolerancia en el fortalecimiento de la convivencia social, así como la importancia de la conducta no-violenta, para alcanzar la solución de los problemas sociales.

Chantal López y Omar Cortés

INTRODUCCIÓN

León Toistoi nació en 1828 en Yasnaia Poliana, distrito de Krapivna, gobierno de Tula (Rusia). De 1843 a 1846 estudio en Kasan, primeramente, lenguas orientales, y después, jurisprudencia. Tras una larga estancia en Yasnaia Poliana, ingresó en un regimiento de artillería en el Cáucaso; llegó a ser oficial; continuó hasta 1853 en el Cáucaso, y después de haber tomado parte en la guerra de Crimea, obtuvo su licencia en 1855.

Por de pronto, fijó su residencia en San Petersburgo. En 1857 hizo un largo viaje por Alemania, Francia, Italia y Suiza. A su regreso a Rusia, vivió hasta 1860 en Moscú. Entre 1860 y 1861 viajó de nuevo por Alemania, Francia, Italia, Inglaterra y Bélgica; en Bruselas conoció a Proudhon.

De 1861 en adelante, Tolstoi ha residido casi sin interrupción en Yasnaia Poliana, como agricultor y escritor al mismo tiempo.

Ha publicado numerosos trabajos. Los que vieron la luz hasta 1878 son en su mayor parte novelas y cuentos, sobresaliendo entre los mismos las novelas *La guerra y la paz* y *Ana Karenina*; las publicaciones posteriores a aquella fecha son, en su mayoría, de índole filosófica.

Para el conocimiento de la doctrina de Tolstoi sobre el derecho, el Estado y la propiedad, tienen especial importancia los escritos *Confesiones* (1879), *Breve exposición del evangelio* (1880), *En qué consiste mi credo* (1884), *Qué hacer* (1885), *Sobre la vida* (1887),

El reino de Dios está en vosotros, o El cristianismo como una concepción nueva de la vida, no como doctrina mística (1893).

Tolstoi no da el nombre de anarquismo a su doctrina sobre el derecho, el Estado y la propiedad. El llama anarquismo a aquella teoría que preconiza, como fin a que debe tenderse, una vida sin gobierno, y cuyo modo de efectuación puede ser el empleo de la violencia (3).

BASES GENERALES

Según Tolstoi, nuestra suprema ley es el amor; de aquí hace derivar el precepto según el cual al mal no debe oponerse resistencia por la fuerza.

Tolstoi dice que toma por base de su doctrina el cristianismo (4), pero por cristianismo entiende, no la doctrina de una de las iglesias cristianas, ni la de la iglesia ortodoxa, ni la de la católica, ni la de ninguna de las diversas iglesias protestantes (5), sino la pura doctrina de Cristo (6).

Por extraña que la afirmación parezca, no deja de ser cierto que las iglesias, no solamente han permanecido siempre ajenas a la doctrina de Cristo, sino enemigas de ella; cosa por lo demás entendible. No son las iglesias, como creen muchos, instituciones que tengan un origen cristiano y que se hayan desviado un poco del camino recto; las iglesias, como tales, o sea como congregaciones que afirman ser indefectibles, son instituciones anticristianas. Las iglesias cristianas y el cristianismo, fuera del nombre, nada tienen en común; es más, se trata de dos elementos perfectamente antitéticos y hostiles. Aquéllas son la prepotencia, la violencia, la arrogancia, la rigidez, la muerte; éste es la humildad, la expiación, la sujeción, el progreso, la vida (7).

Las iglesias, por complacer al mundo, han transformado de tal modo la doctrina de Cristo, que de la misma no surge ya ninguna nueva aspiración, y los hombres pueden vivir en lo sucesivo igual como han vivido hasta el presente. Las iglesias transigen con el mundo, y luego que se han entregado a él, el mundo las sigue. El mundo hace todo lo que las iglesias quieren, y las iglesias, con sus teorías sobre el sentido de la vida, dejan que el mundo vaya tropezando tras de ellas. El mundo sigue una vida en todo y por todo contraria a la doctrina de Cristo, y las iglesias inventan sutilezas para demostrar que los hombres viven en armonía con la ley de Cristo, cuando viven en contra de ella. Y finalmente resulta que el mundo empieza a tener una vida peor que la de los paganos, y que las iglesias, no sólo se atreven justificar semejante vida, sino que hasta afirman que ella se acomoda a la doctrina de Cristo (8).

Diferente de la doctrina de Cristo es sobre todo la doctrina eclesiástica del credo (9), es decir, el conjunto de dogmas absolutamente ininteligibles y, por lo mismo, inútiles (10). Nosotros no conocemos un Dios creador externo, origen de los orígenes (11). Dios es el espíritu del hombre (12), su conciencia (13), el conocimiento de la vida (14); todo hombre reconoce en sí mismo la existencia de un espíritu libre, racional e independiente de la carne, y ese espíritu es lo que llamamos Dios (15). Cristo era un hombre (16), el hijo de un

padre desconocido; y como no conocía a su padre, durante su niñez llamaba padre suyo a Dios (17); era un hijo de Dios por su espíritu, lo mismo que lo es todo hombre (18), e incorporado así a los hombres que se reconocen hijos de Dios (19). Los que afirman que Cristo había rescatado con su sangre a la humanidad, perdida por el pecado de Adán; que Dios es una Trinidad y que el Espíritu Santo descendió sobre los apóstoles y que por la imposición de las manos se trasmite a los sacerdotes el poder otorgado a los apóstoles; que para comprender la redención es necesaria la reflexión sobre siete misterios, etc., etc. (20), predicán doctrinas totalmente ajenas a Cristo (21). Jamás dedicó Cristo ni una sola palabra a afirmar su propia resurrección o la inmortalidad del hombre más allá de la tumba (22); es más, esto es una idea muy baja y grosera (23); la resurrección y la ascensión pertenecen al número de las más escandalosas fantasías (24).

El valor de la doctrina de Cristo no depende, para Tolstoi, de que se le tenga por revelada, sino tan solo de su racionalidad. La creencia en una revelación fue la causa principal de que la doctrina de Cristo se concibiera desde luego falsamente, y a esa creencia se ha debido que luego se le haya hecho sufrir una mutilación completa (25). La fe en Cristo no es la confianza a Cristo, sino el reconocimiento de la verdad (26).

Existe una ley de la evolución, y por eso debe uno limitarse a vivir su propia vida personal, dejando lo demás encomendado a esa ley de la evolución; tal es la última palabra de la refinada cultura de nuestro tiempo, y de esa ofuscación de la conciencia de que son víctimas las clases ilustradas (27). Pero la vida humana, desde el nacimiento hasta la muerte, es una serie ininterrumpida de actos, y diariamente tiene el hombre que elegir, de entre centenares de acciones, aquellas que quiera practicar; por lo tanto, sin un criterio que le sirva de norma a sus actos, no puede vivir el hombre (28). Ahora bien; este criterio no puede ofrecérselo nada más que la razón. La razón es aquella ley reconocida por el hombre, a la cual debe éste acomodar su vida (29). Si no existe una razón superior, y tal razón no existe, ya que nada puede demostrar su existencia, resulta que la norma suprema de la vida es sólo mi razón (30). La sumisión cada vez más grande (31) de la personalidad animal a la conciencia racional (32) es la verdadera vida (33), es la vida (34) en contraposición a la pura existencia (35).

En tiempos antiguos se decía: no investigues; no pienses mas que en la obligación que nosotros te prescribimos; la razón te engaña; sólo la fe puede darte la felicidad verdadera. Y el hombre se esforzaba por creer, y creía. Pero sus relaciones con otros hombres le demostraban que éstos creían muchas veces en cosas distintas de las que él creía, y que esa fe les

aseguraba la suprema felicidad. Hízose pues inevitable resolver la cuestión de saber cuál de las múltiples creencias era la verdadera; cosa que sólo podía encomendarse a la razón (36). Si el budista que ha llegado a conocer el islamismo sigue siendo budista, ya no es budista por la fe, sino por la razón. Desde el momento en que se presenta ante él otro credo, y consiguientemente la interrogante de si el credo que ha de abandonar es el suyo o el otro, es claro que no puede solicitar la respuesta de nadie más que de su razón. Si ha llegado a conocer el islamismo, y sin embargo sigue siendo budista, lo que ha sucedido es que el lugar de la creencia ciega en Buda, ha venido a ser ocupado por la convicción racional (37). El hombre reconoce la verdad únicamente por medio de su razón, no por medio de la fe (38).

La ley de la razón va revelándosele gradualmente al hombre (39). Hace dieciocho siglos apareció, en medio del mundo pagano romano, una admirable doctrina nueva que no podía ser comparada con ninguna de las que la habían precedido, y la cual debe ser atribuida a un hombre, a Cristo (40). Esta doctrina contiene la más austera, la más pura, la más completa

(41) concepción de la ley de la razón a que ha podido llegar hasta hoy el espíritu humano (42). La doctrina de Cristo es la

razón misma (43), y los hombres no pueden menos que aceptarla, porque ella es exclusivamente la que enseña las normas de la vida, sin las cuales no pueden vivir los hombres que pretendan comportarse como tales, es decir, que pretendan vivir racionalmente (44). El hombre no tiene el derecho de renunciar a la razón apoyándose en la razón (45).

La ley que la doctrina de Cristo nos enseña como superior a todas es el amor.

¿Qué es el amor? Lo que llaman amor aquellos hombres que no comprenden la vida se reduce al predominio de algunas condiciones de su bienestar personal. Si el hombre que no comprende la vida dice que ama a su mujer, a su hijo, a sus amigos, lo único que con ello dice es que la presencia en su vida de su mujer, de su hijo o de sus amigos aumenta su bienestar personal (46).

El verdadero amor está en la renuncia del bienestar personal (47), a favor del prójimo. El verdadero amor consiste en un estado de benevolencia para con todos los hombres, tal como el que es propio de los niños y que sólo se presenta en los hombres adultos por su abnegación (48). Qué hombre viviente no conoce -aún cuando sólo lo haya sentido una vez durante su más temprana infancia; que hombre viviente no ha experimentado el dichoso sentimiento de la emoción, cuando uno quiere amarlo todo, al vecino, al padre, a la

madre, a los hermanos, a los hombres malos, a los enemigos, al perro, al caballo, a la hierba; cuando quiere que todo vaya bien, que todo sea feliz; todavía más, cuando quisiera hallarse en situación de poder hacer feliz a todo el mundo; cuando desearía sacrificarse a sí mismo, entregar su propia vida para que todo estuviese bien, rebosando alegría. Esto justamente, y sólo esto, es lo que constituye el amor en que consiste la vida humana (49).

El verdadero amor es un ideal de perfección completa, infinita, divina (50). La perfección divina es el objetivo de la vida del hombre; a ella tiende éste de un modo incesante; a ella se va acercando más cada vez, pero no puede alcanzarla enteramente (51). La verdadera vida consistía, según las anteriores doctrinas, en el cumplimiento de los preceptos, en la obediencia a la ley; pero según la doctrina de Cristo, consiste en aproximarse todo lo posible a la perfección divina, que todo hombre trae dentro de sí mismo (52).

El amor es, según la doctrina de Cristo, nuestra suprema ley. El precepto del amor es el que representa lo más íntimo y fundamental de esta doctrina (53). Hay tres, solo tres concepciones de la vida: primera, la personal o animal; segunda, la social o pagana (54), tercera, la cristiana o divina (55). El hombre de la concepción animal, el salvaje, sólo reconoce la vida en sí mismo; el resorte de su vida es el

bienestar personal. El hombre social, pagano, no reconoce ya exclusivamente la vida en sí mismo, sino también en una comunidad de personas, en la tribu, en la familia, en la gens, en el Estado; el resorte de su vida es la gloria. El hombre de la concepción divina, no solamente reconoce la vida en su persona, ni solamente en una comunidad de personas, sino que la reconoce también en la fuente primitiva de la vida eterna, inmortal... en Dios; el móvil de su vida es el amor (56). Que el amor sea nuestra suprema ley, según la doctrina de Cristo, no significa otra cosa sino que lo es según la razón. Ya en 1852 Tolstoi expresó esta idea: la única verdad sobre la Tierra es que el amor y el obrar bien son la verdad (57), y mucho después, en 1887, ha dicho que el amor es la única actividad racional del hombre (58), la que resuelve todas las contradicciones de la vida humana (59). El amor evita que nuestra actividad se encamine de manera insensata tan sólo a llenar el receptáculo sin fondo de nuestra personalidad animal (60); al suprimir la loca lucha que enfrenta a unos con otros, buscando cada quién su propia felicidad (61); da a la vida un sentido independiente del tiempo y del espacio, a la vida que carente de amor se deslizaría sin sentido alguno ante la perspectiva de la muerte (62).

De la ley del amor hace derivar, la doctrina de Cristo, el precepto según la cual no debe resistirse al mal con la violencia. No resistas al mal significa: no hagas jamás

resistencia al malvado; es decir: no hagas nunca violencia a otro, o sea: no realices jamás acto alguno que contradiga el amor (63).

Cristo derivó este precepto expresamente de la ley del amor. Cristo dio muchos preceptos, pero sobre todo cinco, en el sermón de la montaña; estos preceptos no forman la doctrina, sólo constituyen uno de los innumerables grados de la aproximación a la perfección (64); todos ellos son negativos y solamente muestran (65) lo que en la presente edad de la humanidad (66) está ya enteramente en nuestras manos dejar de hacer en la vía de nuestros esfuerzos hacia la perfección (67). El primero de los cinco preceptos del sermón de la montaña dice: ten paz con todos, y si ésta se rompe, haz todo lo posible por restablecerla (68); el segundo: no tome el hombre mas que una mujer, y la mujer un solo hombre, y ninguno de ellos abandone al otro bajo ningún pretexto (69); el tercero: no hagas ningún género de promesas (70); el cuarto: soporta las flaquezas; no devuelvas mal por mal (71); el quinto: no rompas la paz por favorecer a tu pueblo (72). El más importante de estos preceptos es el cuarto, que se halla expresado en el capítulo V de Mateo, versículos 38 y 39, que dicen: Habéis oído, puesto que se ha dicho: ojo por ojo y diente por diente. Pero yo os digo que no debéis resistir al mal (73). Tolstoi refiere que este pasaje ha sido para él la clave de todo (74). Yo no he necesitado

interpretar estas palabras, sino sencillamente aceptarlas tal y como fueron dichas, para poder entender la doctrina de Cristo, el sermón de la montaña, los Evangelios, y todo cuanto me había parecido embrollado, encontrando coherente y orgánico lo que había creído contradictorio, y viendo que las cosas fundamentales más que útiles, deben ser consideradas necesarias; todo ello forma un conjunto, donde lo uno confirma sin la menor duda lo otro, como los pedazos de una columna rota cuando se colocan en su verdadero lugar (75). El principio de la no resistencia liga todas las partes de la doctrina en un todo, pero solamente en el caso de que el mismo no sea una mera sentencia, sino una regla coercitiva, una ley (76). Ese principio es efectivamente la llave que todo lo abre, pero sólo cuando penetra en el interior de la cerradura (77).

El precepto de la no resistencia al mal por medios violentos debemos hacerlo derivar necesariamente de la ley del amor. Pues esta ley exige encontrar una señal segura e indiscutible del mal, o que se desista de toda oposición violenta contra el mismo (78). Hasta ahora, la determinación de lo que sea malo y de lo que debe ser combatido como resistencia violenta, ha correspondido al Papa, a un emperador o rey, a una asamblea electiva, o bien a todo el pueblo. Pero siempre ha habido hombres, tanto dentro como fuera del Estado, que no han reconocido como obligatorios para sí mismos, ni

los preceptos que se dan como divinos, ni las prescripciones humanas que se revisten con el carácter de santidad, ni las instituciones que debían expresar la voluntad del pueblo; hombres que consideran bueno lo que las potestades actuales tienen por malo, y que hacen uso de la fuerza en todo caso contra la fuerza de estas potestades. Los hombres revestidos de carácter sagrado consideran malo lo que los hombres y las instituciones dotados de poder secular tienen por bueno; y así la lucha se hace cada vez más aguda. De esta suerte se ha llegado a donde hoy están las cosas, es decir, al convencimiento pleno de que ni existe ni puede existir un medio para determinar de manera precisa y de un modo obligatorio para todos, el concepto de mal (79). De donde resulta la necesidad de admitir la solución dada por Cristo (80).

Según Tolstoi, no ha de considerarse que el precepto de la no resistencia prohíba toda lucha contra el mal (81). Lo único que prohíbe es la lucha violenta contra éste (82). Pero esa lucha violenta la prohíbe en toda su extensión. Por consiguiente, la prohibición se refiere, no tan sólo al mal que se ejecute contra nosotros mismos, sino también al que se realice contra nuestros prójimos (83); cuando Pedro cortó una oreja al sirviente del Gran Sacerdote, no se defendía a sí mismo, sino que defendía a su amado y divino maestro, sin embargo, Cristo le prohibió hacerlo, diciéndole: El que hace

uso de la espada debe morir bajo el golpe de la espada (84). Tampoco dice el precepto que sólo una parte de los hombres esté obligada a someterse sin resistencia a lo prescrito por ciertas autoridades (85), sino que prohíbe a todo hombre hacer uso de la fuerza contra cualquier otro, en todo caso; por lo tanto, se lo prohíbe también a aquellos, y especialmente a aquellos que disponen del poder (86).

EL DERECHO

Por causa del amor, o lo que es lo mismo, apoyándose en el precepto de que no debe resistirse al mal con la violencia, proscribió Tolstoi el derecho; no de un modo absoluto, pero sí con relación a los pueblos de nuestra época que han alcanzado un alto grado de civilización. Verdad es que no habla más que de la ley; pero cuando lo hace, piensa en todo el derecho, puesto que rechaza en principio toda norma que dependa de la voluntad del hombre (87), toda norma cuyo mantenimiento esté encomendado al poder de los hombres (88), sobre todo a los tribunales (89), apartada de la ley moral (90), que es diferente en los diversos territorios (91) y que puede ser cambiada en cada momento de manera arbitraria (92).

En los tiempos antiguos, quizás fue mejor que haya existido el derecho. El derecho lo mantiene el poder (93); por también impide el ejercicio del poder de unos individuos sobre otros (94); tal vez existió un tiempo en el que el poder de cada individuo en lo particular, era más fuerte que el poder público (95). Pero este tiempo ha pasado ya con relación a nosotros; las costumbres se han dulcificado, los hombres de nuestra época reconocen y confiesan los

preceptos del amor humano, de la simpatía hacia el prójimo, y sólo anhelan hacer posible una vida tranquila y pacífica (96).

La existencia del derecho se opone al precepto de no resistir al mal violentamente (97). Así lo ha manifestado Cristo. Las palabras: no juzguéis, para que no seáis juzgados (Mateo, VII, I), no condenéis, y así no seréis condenados (Lucas, VI, 27), no dicen tan sólo: no juzgues a tu prójimo de palabra, sino también: no le condenes de hecho; no juzguéis a vuestros prójimos con arreglo a vuestras leyes humanas y por vuestros tribunales (98). No habla aquí Cristo de las relaciones personales de cada particular con los tribunales (99), sino que proscribe la administración misma de justicia (100). Cristo dice: creéis que vuestras leyes aminoran y remedian el mal, y no hacen más que aumentarlo; sólo hay un camino para prevenir el mal, y consiste en devolver bien por mal, en hacer el bien a todos sin distinción (101). Y lo mismo que enseña Cristo me lo dicen mi corazón y mi razón (102).

Mas no es esto sólo lo que se puede decir contra el derecho. El poder condena bajo la forma invariable de la ley, solamente aquello que de largo tiempo atrás viene la opinión pública rechazando y condenando; y es de advertir que mientras la opinión pública rechaza y condena todos los

actos que contradicen a la ley moral, las leyes solamente condenan y persiguen siempre un número muy limitado y perfectamente fijo de acciones, y por lo tanto, justifica en cierto modo todas las demás acciones análogas que no se hallen incluidas en aquel número. Ya desde los tiempos de Moisés viene la opinión pública considerando como mal, y condenándolo, el egoísmo, la crápula y la crueldad; esa opinión rechaza y condena toda forma de egoísmo, no solamente la apropiación de los bienes ajenos por violencia, fraude o dolo, sino también todo botín o presa en general; condena toda clase de actos deshonestos, ya se realicen con una concubina, ya con una esclava, ya con una mujer diferente de la propia, y hasta con la propia; condena toda crueldad, cualquiera que sea la forma en que se exprese, ya cometiendo abusos, ya alimentando mal, ya dando muerte, y no tan sólo con respecto a los hombres, sino hasta con respecto a los animales. Y sin embargo, las leyes no persiguen sino determinadas formas del egoísmo, como el hurto y la estafa, y determinadas formas de deshonestidad y de crueldad, como las violaciones a la fidelidad conyugal, el homicidio y las mutilaciones; por lo que en cierto modo permiten todas las formas de egoísmo, deshonestidad y crueldad que no pueden encajar en el estrecho molde del falso concepto adoptado por las mismas (103).

El hebreo podía someterse fácilmente a sus leyes, porque no le cabía duda alguna de que las mismas habían sido escritas por el dedo de Dios; lo propio acontecía al romano, que pensaban que procedían de la ninfa Egeria; y lo mismo ocurre en general al hombre, en tanto estima que los príncipes que le dan las leyes son ungidos de Dios, y que las asambleas legislativas están animadas del deseo y tienen la necesaria capacidad para dar las mejores leyes (104). Pero ya desde el momento en que apareció el cristianismo, empezó a pensarse que las leyes humanas habían sido escritas por hombres; que los hombres, cualquiera que fuese el esplendor externo de que se hallaran revestidos, no podían ser indefectibles, y que, aún cuando los hombres sujetos a error se congregaran y se dieran el nombre desenhado, o cualquiera otro, no adquirirían el don de la infalibilidad (105). Sabemos como se han hecho las leyes, pues hemos estado entre bastidores; sabemos todos que las leyes son un producto del egoísmo, de los engaños, de las luchas entre los partidos, y que la verdadera justicia no reside ni puede residir en ellas (106). Por lo tanto, el reconocer y admitir cualesquiera clase de leyes especiales, es una señal de la más grosera estulticia (107).

El amor preceptúa que, en lugar del derecho, sea el amor mismo la ley que rija a los hombres. De donde resulta que los mandatos de Cristo, en vez del derecho, son los que

deben servir de criterio director de nuestra vida (108). Lo cual significa el reinado de Dios sobre la Tierra (109).

Cuándo han de venir el día y la hora del reinado de Dios, es cosa que depende exclusivamente del hombre mismo (110). Cada cual debe comenzar a hacer solamente lo que tiene que hacer, y a dejar de hacer lo que no debe de hacer; así vendrá en un porvenir próximo el prometido reinado de Dios (111). Si cada cual, en la medida de sus fuerzas, sólo se propusiera dar fe de las verdades que conozca, o cuando menos, a no defender como verdad la mentira en que vive, todavía en este mismo año de 1893, realizarianse cambios tales para el establecimiento de la verdad sobre la Tierra, como sólo podemos aventurarnos a soñar para dentro de siglos (112). Con sólo un pequeño esfuerzo que hagamos, habrá vencido el Galileo (113).

El reino de Dios no está fuera, en el mundo, sino en la propia alma del hombre (114). El reino de Dios no viene por actos externos. No se os dirá: mirad, helo aquí o helo allá; pues tened en cuenta que el reino de Dios está entre vosotros (Lucas, XVII, 20) (115). El reinado de Dios no consiste en otra cosa que en seguir los preceptos de Cristo, sobre todo, los cinco del sermón de la montaña (116), que nos dicen cómo hemos de comportarnos en nuestro grado de evolución actual para responder todo lo posible al ideal del amor (117)

y que nos preceptúan tener paz, y si ésta se turba, hacer todo lo posible para restablecerla; que marido y mujer se sean continuamente fieles el uno al otro; no prometer nada; perdonar las ofensas y no devolver mal por mal, y por fin, no romper la paz con nadie por causa de nuestro pueblo (118).

Pero ¿de qué manera ha de organizarse la vida externa en el reino de Dios? El discípulo de Cristo ha de ser pobre, es decir, que no debe vivir en la ciudad, sino en el campo; no ha de estarse en casa, sino que debe trabajar en el bosque y en la llanura, y ver la luz del sol, la tierra, el cielo y los animales; no ha de preocuparse por lo que debe comer para excitar su apetito, ni por lo que ha de hacer para facilitar sus digestiones, sino que debe sentirse hambriento tres veces al día; no debe echarse sobre mullidos cojines, ni pensar en librarse del insomnio, sino que debe dormir; ha de estar enfermo, padecer y morir como todos -los pobres que enferman y mueren parece que lo hacen más fácilmente que los ricos- (119); debe vivir en libre comunión con todos los hombres (120); el reinado de Dios sobre la Tierra es la paz de los hombres entre sí; así lo consideraban los profetas y así le parece que es a todo corazón humano (121).

EL ESTADO

Para los pueblos superiormente civilizados de nuestra época, no puede menos Tolstoi que rechazar, a la vez que el derecho, la institución jurídica del Estado.

Es posible que haya habido una época en la cual el bajo nivel de la moralidad y la inclinación de los hombres en general a usar unos contra otros de la violencia, hicieran ventajosa la existencia de una fuerza o poder que pusiera límites a aquella violencia individual; es decir, una época en que el poder del Estado era menor que el de los particulares. Pero tal estado de cosas, en que la existencia del poder político es preferible a su inexistencia, no puede ser duradero; cuando más van abandonando los hombres su propensión a servirse de la violencia, y más se dulcifican las costumbres, y más degeneran los gobiernos a causa de la carencia de trabas en su obrar, tanto menos valor va teniendo el poder político. En este cambio, o sea, en el progreso moral de las masas y en la degeneración de los gobiernos, se ha desarrollado la historia de los dos últimos siglos (122). Yo no puedo demostrar que la existencia del Estado es siempre necesaria, pero tampoco que es siempre perjudicial (123), lo único que sé es que, por un lado, el Estado ya no es necesario, y por el otro, que yo

no puedo hacer aquellas cosas que son necesarias para la existencia del Estado (124).

El cristianismo, en su verdadera significación, suprime al Estado (125), porque niega todo gobierno (126). El Estado se opone al amor, es decir, el precepto de que el mal no se debe resistir con la violencia (127). Pero no es sólo esto, sino que, por lo mismo que el Estado funda una soberanía (128), es también un estorbo para que, por medio del amor, sean hijos de Dios todos los hombres y exista entre todos ellos la igualdad (129); por consiguiente, aún prescindiendo de que, en cuanto institución para el derecho, el Estado se apoya sobre la fuerza, es preciso rechazarlo. Es una afirmación tan atrevida como infundada la de los que dicen que la doctrina cristiana no se propone otra cosa sino salvar al individuo, y que no se refiere a las cuestiones y asuntos generales concernientes al Estado (130). Para todo hombre recto y serio de nuestra época, debe ser evidente que el verdadero cristianismo -la doctrina de la humildad, del perdón, del amor- no puede conciliarse con el Estado y su altanería, sus hechos violentos, sus penas de muerte y sus guerras (131). El Estado es un ídolo (132), y su inadmisibilidad es independiente de la forma que adopte, importando poco que ésta sea la monarquía absoluta, la de la convención, el consulado o el imperio de un Napoleón I o de un Napoleón III, o de un Boulanger, o bien la monarquía constitucional, la

comuna o la República (133). Tolstoi desenvuelve detalladamente estas afirmaciones.

El Estado representa la soberanía de los peores llevada a su grado más extremo.

El Estado es soberanía. El gobierno es dentro del Estado una reunión de hombres que ejercen violencia sobre los demás (134). Todos los gobiernos, así los despóticos como los liberales, han venido a ser en nuestro tiempo lo que Herzen ha llamado muy oportunamente un Gensgiskan con telégrafos (135). Los hombres que poseen el poder hacen uso de la fuerza, no para vencer el mal, sino sencillamente para su propio provecho, o caprichosamente; y los demás hombres se acomodan a la violencia, no porque crean que ésta ha de emplearse en beneficio suyo, o sea para librarles del mal, sino tan sólo porque no pueden eximirse de ella (136). No se han unido Niza a Francia, la Lorena a Alemania, Bohemia a Austria; ni se repartió Polonia; ni se han sometido Irlanda y las Indias a la soberanía inglesa; ni se combate con China; ni se da muerte a los africanos; ni se expulsa de América a los Chinos y se persigue en Rusia a los judíos; no se hace nada de esto porque sea bueno para los hombres, o necesario, o útil, y porque lo contrario sería para ellos malo; sino tan sólo porque así les place a los que disponen de la fuerza (137).

El Estado representa la soberanía de los peores (138). Los defensores de la soberanía política dicen que si se suprimiera el poder del Estado, quedarían imperando los hombres malos sobre los menos malos (139). Pero ¿es que efectivamente la fuerza que en el Estado ejercen unos hombres sobre otros se halla siempre en manos de los mejores? Cuando Luis XVI, Robespierre, o Napoleón se hicieron dueños del poder, ¿quién ejerció la soberanía, los mejores o los peores? ¿Cuándo mandan los mejores, cuando poseen la fuerza los versalleses o cuando la poseen los comuneros; cuando se halla a la cabeza del gobierno Carlos I, o cuando se halla Cromwell? y cuando era zar de Rusia Pedro III y luego, después de su muerte, ejercían el poder de los zares, en una parte de Rusia, Catalina, y en la otra, Pugatschesw, ¿quiénes eran los malos y quiénes los buenos? Todos los hombres que se hallan en posesión del poder afirman que su fuerza es necesaria para que los malos no opriman a los buenos, dando como cosa evidente que los buenos son precisamente ellos, y que ellos son los que protegen a los otros buenos contra los malos (140). Mas, de hecho, puede perfectamente suceder que no sean los mejores los que se han apoderado de la fuerza y la conservan (141). Para conseguir y conservar el poder, es preciso amarlo. Pero los esfuerzos que se hacen por apoderarse de él no suelen ir unidos con la bondad, sino precisamente con las propiedades contrarias a ella, con la

arrogancia, la soberbia, la astucia y la crueldad. Sin elevarse sobre los demás, sin someter y aniquilar a éstos, sin la hipocresía, la mentira, las prisiones, las fortalezas, las penas y el asesinato, no es posible adquirir ni mantener el poder (142). A lo que debe añadirse que la posesión de la fuerza perjudica a los hombres (143). Los hombres que tienen el poder en sus manos no pueden hacer otra cosa sino abusar del mismo, pues la posesión de una fuerza tan temible les deslumbra y confunde indefectiblemente (144). Ninguno de cuantos medios han ideado los hombres para impedir a los poseedores del poder que subordinen el bienestar colectivo al suyo propio, ha producido efectos hasta ahora. Sabido es de todo el mundo que aquellos que ejercen el poder, trátase de emperadores, de ministros, de jefes de policía o de agentes de seguridad, justamente por ejercer el poder, son más inclinados a la inmoralidad y a la subordinación del bienestar colectivo al suyo propio, que aquellos otros que no disponen de poder alguno; y no puede ser de otro modo (145).

El Estado representa la soberanía de los peores llevada a su grado más extremo. Los cálculos, y hasta los esfuerzos inconscientes de los poseedores del poder, van siempre encaminados a debilitar todo lo posible a los sometidos, pues cuanto más débiles sean éstos, tanto más fácil es reducirlos a la impotencia y aniquilarlos (146). En el día de

hoy no existe ya más que una sola esfera de la actividad humana de que no se hayan apoderado los gobiernos, y es la esfera de la familia, de la economía, de la vida privada, del trabajo. Y aun en esta esfera comienzan ya a inmiscuirse los gobiernos, gracias a las luchas de los comunistas y los socialistas; de suerte que, cuando las cosas vayan como los reformadores lo desean, los gobiernos regirán lo concerniente al trabajo y al descanso, a la habitación, al vestido y a la alimentación (147). La más temible banda de ladrones no es tan espantosa como una organización política. Todavía los jefes de bandoleros encuentran limitado su poder por el hecho de que los individuos que componen la partida disfrutan cuando menos de una parte de libertad personal, y pueden negarse a la comisión de hechos que su conciencia repugna (148). Por el contrario, en el Estado no se conoce limitación semejante; no hay crimen alguno tan horrible, que no puedan cometerlo impunemente los funcionarios públicos y el ejército, cuando tal sea la voluntad de aquel -Boulanger, Pugatschew, Napoleón- que se halle al frente del gobierno (149).

La soberanía en el Estado tiene por base la violencia corporal.

Todo gobierno tiene como fundamento la existencia en el Estado de varios individuos armados dispuestos a hacer uso

de la fuerza material a medida de la voluntad del gobierno; es decir, la existencia de una clase expresamente educada para matar a aquellos cuya muerte ordene la superioridad (150). Esos individuos armados son la policía (151), y singularmente el ejército (152). El cual no es otra cosa que una colectividad de asesinos disciplinados (153); su educación consiste en enseñarles a ser homicidas (154), y sus victorias no son otra cosa que homicidios (155). El ejército ha sido siempre, y sigue siendo hoy, el soporte del poder. Este se encuentra siempre en manos de aquellos que mandan, y de lo primero que se han cuidado todos los depositarios del poder, desde los césares romanos hasta los emperadores alemanes y rusos, ha sido de su ejército (156).

El ejército mantiene la soberanía del gobierno, ante todo en las relaciones exteriores, defendiéndola contra las usurpaciones de la soberanía procedentes de otros gobiernos (157). La guerra no es otra cosa que un litigio entre varios gobiernos por la soberanía sobre sus súbditos. Mientras siga subsistiendo la insensata y perturbadora sumisión de los pueblos a los gobiernos, será imposible restablecer la paz internacional por medios racionales, esto es, por convenciones o arbitrajes (158). A causa del significado e importancia del ejército, todo Estado se halla constreñido a aumentar sus armamentos enfrente de los demás Estados, y este aumento es contagioso, según

anunció Montesquieu hace ciento cincuenta años (159). Pero cuando se cree que los gobiernos mantienen sus ejércitos solamente con el fin de la defensa exterior, se olvida que esos gobiernos, para lo que en primer término utilizan el ejército, es para defenderse a sí mismos contra sus oprimidos y esclavizados súbditos (160). Poco tiempo hace que el canciller del imperio alemán, habiéndosele preguntado en el Reichstag por qué se invertía el dinero en aumentar el sueldo de los suboficiales, declaró terminantemente que se hacía necesario tener suboficiales de confianza para poder luchar contra el socialismo. Ahora bien; Caprivi no ha hecho sino manifestar de un modo expreso lo que todo el mundo sabe, no obstante que se haya ocultado a los pueblos, al declarar cuál es el fundamento por el cual los reyes de Francia y los Papas han tenido y tienen suizos y gendarmes; y el por qué en Rusia se instalan los reclutas de tal manera, que los regimientos del interior se nutren de reclutas de los límites, y los regimientos de los límites se nutren de reclutas del interior. Caprivi expresó lo que todo el mundo sabe y siente, o sea que el orden vigente no existe porque debe existir, ni porque el pueblo demande su existencia, sino porque el poder del gobierno está sostenido por el ejército, con sus corrompidos suboficiales, oficiales y generales (161).

La soberanía del Estado tiene su base en la fuerza material de los dominados.

Es una característica del gobierno el pedir a los ciudadanos precisamente aquella fuerza sobre la que el mismo estriba; de donde resulta que en el Estado todos los ciudadanos son los opresores de sí mismos (162). El gobierno exige de los ciudadanos, tanto la fuerza, como su sostenimiento. Por esto es por lo que existe en Rusia la obligación general de prestar juramento cuando los zares suben al trono, dado que por medio de este juramento se promete obedecer a las autoridades, o lo que es lo mismo, a los hombres a quienes se ha dado el poder; de aquí proviene también la obligación de los impuestos, pues los impuestos se aplican a favor del poder; y la necesidad de los pasaportes, pues la expedición de los mismos es una prueba del reconocimiento de la dependencia en que se halla uno con relación al poder del Estado; proviene igualmente la obligación de ser testigo ante los tribunales y de tomar parte como jurado en la administración de justicia, pues todo juicio implica que se obedece al precepto de la venganza; proviene además en Rusia la obligación que tienen todas las gentes del campo de prestar el servicio de policía, pues este servicio requiere el ejercicio de la violencia sobre nuestros hermanos; pero sobre todo proviene la obligación general del servicio militar, o sea la obligación de convertirse en verdugo y de

prepararse para el ejercicio de la función de verdugo (163). El carácter general que tiene la obligación del servicio militar, revela claramente que el Estado no es cristiano, pues todo hombre tiene que manejar armas homicidas, un fusil, una espada, y si no se ve obligado a matar, por lo menos tiene que cargar el fusil y afilar la espada, o lo que es lo mismo, disponerse para matar (164).

Pero ¿cómo es que los ciudadanos satisfacen estas exigencias de los gobiernos, si precisamente en tal satisfacción estriba la existencia de éstos, y, por lo tanto, esos ciudadanos se oprimen los unos a los otros? Semejante fenómeno sólo es posible merced a una organización en sumo grado artificial, creada con ayuda del progreso científico, y en la que todos los hombres están sometidos dentro de un círculo de violencia del que no pueden librarse. Este círculo encierra al presente cuatro medios de acción, todos los cuales están ligados entre sí y se sostienen y exigen recíprocamente como anillos de la misma cadena (165). El primer medio es lo que se conoce con el muy apropiado nombre de hipnotización del pueblo (166). Esta hipnotización es la causa de que los hombres profesen la errónea opinión según la cual el orden presente es inmutable y no hay más remedio que conservarlo, mientras que, de hecho, semejante orden no es invariable sino porque se mantiene en pie (167). Verifícase dicha

hipnotización por el avance de dos clases de superstición que se llaman religión y patriotismo (168), y comienza a obrar ya desde la primera infancia, continuando hasta la muerte (169). Puédesse decir, con respecto a esta hipnotización, que el poder del Estado estriba en descarriar dolosamente la opinión pública (170). El segundo medio consiste en la corrupción, o lo que es igual, en que mediante los impuestos se arrebatara su riqueza al pueblo trabajador y se la reparte entre los funcionarios, los cuales tienen la obligación de mantener en esclavitud al pueblo y agravar esta esclavitud a cambio del salario que reciben (171). Los funcionarios creen más o menos en la inmutabilidad del orden existente, ante todo, porque este orden les proporciona ventajas (172). Con respecto a esta corrupción, puede decirse que el poder del Estado se apoya en la conveniencia y el egoísmo de aquellos a quienes el mismo proporciona posiciones ventajosas (173). El tercer medio es la intimidación. Consiste ésta en presentar al orden político presente -cualquiera que sea su naturaleza, igual si se trata de un régimen libre, que de uno republicano, y aun del más duramente despótico- como algo sagrado e invariable, y en conminar con las penas más terribles toda tentativa de modificarlo (174). Finalmente, el cuarto medio consiste en separar del número total de individuos a quienes se han aturrido y amedrentado por los otros tres medios para someterlos a un especial y grave aturdimiento y

embrutecimiento, convirtiéndolos de tal suerte en instrumentos involuntarios de todas las durezas y crueldades que al gobierno le plazca emplear (175). Esto es precisamente el ejército, al cual pertenecen al presente, por efecto de la obligación general del servicio de las armas, todos los hombres jóvenes (176). De esta manera se cierra el círculo del poder. La intimidación, la corrupción y la hipnotización llevan a los hombres a ser soldados. Y los soldados a su vez aseguran la posibilidad de castigar a los hombres, de robarlos, para con su dinero corromper a los funcionarios, de hipnotizarlos y de convertirlos en soldados, que son precisamente los que constituyen la fuerza que sostiene todo esto (177).

El amor exige que, en lugar del Estado, se establezca una convivencia social, fundada únicamente en los preceptos de aquel. Todo hombre, por poco pensador que sea, advierte hoy la imposibilidad de que continúe la vida en la forma en la que hasta aquí ha venido verificándose, y la necesidad del establecimiento de nuevos modos de vivir (178). La humanidad cristiana de nuestro tiempo tiene que desasirse por completo de las formas gentilicias que la dañan, e instituir una nueva vida sobre las bases cristianas que ella misma reconoce y admite (179).

Aun después de la abolición del Estado, deben los hombres vivir en sociedades. Pero ¿qué es lo que ha de mantenerles unidos en estas sociedades?

En ningún caso debe hacerse uso de promesas. Cristo nos mandó que no hiciéramos promesa alguna (1B0), que no prometiéramos nada a los hombres (1B1). El cristiano no puede prometer hacer o dejar de hacer alguna cosa determinada en un determinado momento, porque no puede saber lo que en un momento exigirá de él la ley del amor, la obediencia a la cual forma el sentido de la vida (1B2). Pero todavía mucho menos puede comprometerse a cumplir la voluntad de nadie, trátase de quien se trate, sin saber cuál habrá de ser el contenido de esta voluntad (1B3); pues por medio de semejante promesa, viene ya a reconocer que no es la única ley de su vida la interna ley de Dios (184), y no es posible servir a dos señores (185).

En lo futuro, lo que debe servir para mantener unidos en sociedades a los hombres, ha de ser el influjo espiritual de los individuos que más hayan progresado en el conocimiento, sobre los más atrasados. El influjo espiritual consiste en obrar sobre los hombres para que cambien sus deseos y busquen lo que uno busca; el individuo que acepta tal influencia ha de obrar según sus propios deseos (186). La fuerza mediante la cual pueden vivir en sociedad los

hombres (187), consiste ahora en el influjo espiritual que han de ejercer los hombres que más han progresado en el conocimiento sobre los más atrasados, en la justeza de los hombres que acuerdan buscar los mismos objetivos que aquellos que han alcanzado un grado superior en el conocimiento (188). A consecuencia de esta acción, sométese un cierto número de hombres a los mismos principios racionales, la minoría de ellos con conciencia de lo que hacen, porque ven que tales principios coinciden con las exigencias de su razón, y la mayoría de un modo inconsciente, por haberse convertido en opinión pública (189). En esta sumisión no hay nada de irracional ni de contradictorio (190).

Pero, ¿de qué manera habrán de cumplirse en la sociedad futura las funciones que hoy desempeña el Estado? Cuando se hace esta pregunta, se piensa ordinariamente en tres cosas (191).

Primeramente, en la defensa contra los hombres que en nuestro medio son malos (192). Pero, ¿quiénes son los hombres malos entre nosotros? Si hace tres o cuatro siglos existían tales hombres malos, por cuanto todavía entonces se hacía gala de las artes y de los armamentos guerreros, y se consideraba al homicidio como un hecho honroso, hoy en día esos hombres malos han desaparecido; nadie lleva ya

armas, todo el mundo conoce y confiesa el precepto del amor al hombre. Ahora bien; si por hombres malos, de quienes nos debe proteger el Estado, se tiene a los delincuentes, es de advertir que sabemos que no se trata de especiales seres, como si fueran lobos entre ovejas, sino justamente de hombres como todos los demás, que cometen hechos que nosotros consideramos delitos; sabemos que la conducta que siguen los gobiernos, con la aplicación de sus penas crueles, que no están en armonía con el estado de la moralidad actual, y con el empleo de las cárceles, de los tormentos, de la horca y de la guillotina, hace más por el embrutecimiento y salvajismo del pueblo que por su educación, y, por lo tanto, contribuye más bien al aumento de semejantes males que a su aminoración (193). Si somos cristianos y tomamos como punto de partida el principio de que nuestra vida existe para servir a los demás, nadie habrá tan loco que robe o mate a aquellos hombres que le sirven para su existencia. Miklucho Maclay fija su residencia entre hombres salvajes, según suele decirse, de los más rudos, y éstos, no solamente le dejan vivir, sino que le aman y se someten a él, sencillamente porque no les atemoriza, nada les exige y no les hace más que bien (194).

En segundo lugar, se pregunta cómo hemos de defendernos en la sociedad futura de los enemigos exteriores (195). Pero ya sabemos que los pueblos de Europa conocen los

principios de la libertad y de la fraternidad, y, por lo tanto que no necesitan defenderse unos contra otros; y si se quiere pensar en una defensa contra los bárbaros, para ello basta con una milésima parte del ejército que se halla en armas actualmente. El poder del Estado, no sólo deja subsistente el peligro de sorpresas por parte de los enemigos, sino que las provoca (196). Pero cuando exista una comunidad de cristianos en que nadie cause mal a nadie, y todo el mundo de a los demás lo que le sobre del producto de su trabajo, no habrá ningún enemigo; no lo será el alemán, ni el turco, ni el salvaje, ni los hombres que matan y atormentan; ya que sólo se les podrá tomar lo que estén dispuestos a dar ellos mismos voluntariamente, sin hacer diferencias entre rusos, alemanes, turcos y salvajes (197).

Y en tercer lugar, se pregunta ¿cómo habrán de ser posibles en la sociedad futura las instituciones de educación e instrucción, las religiosas, las mercantiles y otras semejantes?

(198) Puede ser que haya existido un tiempo en el cual viviesen tan separados unos de otros los hombres, y en que el desarrollo de los medios de comunicación y cambio de las ideas fuesen tan rudimentarios que, por efecto de la carencia de un centro político, no se presentara ocasión alguna de entrar en tratos mercantiles, de dar movimiento a

la vida económica, ni de hacer uso de medios educativos. Pero hoy ya no existe semejante separación; el comercio ha adquirido un gran desarrollo; para la formación de sociedades, de uniones, de corporaciones, para la celebración de congresos, de instituciones económicas o políticas, no se necesita de los gobiernos; es más, estos, la mayoría de las veces, más bien estorban que favorecen el desempeño de tales fines (199).

Pero, ¿en qué forma habrá de organizarse en sus detalles la vida común de las sociedades futuras? El futuro será como lo hagan las circunstancias y los hombres (200). Por el momento, no estamos en disposición de saber con perfecta claridad qué es lo que acontecerá en el porvenir (201).

Los hombres dicen, ¿cómo han de ser los nuevos organismos, los nuevos sistemas que vengán a reemplazar a los actuales? Mientras no sepamos de qué manera habrá de organizarse nuestra vida en lo por venir, no debemos dar un paso hacia delante, no debemos movernos de donde estamos (202). Pero si Colón se hubiera hecho tales reflexiones, no hubiera levado anclas nunca. Era locura lanzarse a un océano que nadie había surcado aún, para buscar un territorio cuya existencia era un problema. Y esta locura trajo el descubrimiento del Nuevo Mundo. Ciertamente, sería muy cómodo el que los pueblos no

hiciesen más que trasladarse de un hotel garni a otro mejor; sólo que desgraciadamente no habría nadie que levantara las nuevas edificaciones (203).

Pero los hombres, al representarse la sociedad futura, se inquietan poco por la cuestión:

¿qué será? Lo que les atormenta es la pregunta: ¿cómo hemos de vivir sin las acostumbradas condiciones de nuestra existencia, sin esas condiciones que llamamos ciencia, arte, civilización y cultura? (204) Pero todo esto no es otra cosa sino formas bajo las cuales aparece la verdad. El inmediato cambio consistirá en una aproximación a la verdad y a su realización. Y ¿cómo han de poder reducirse a la nada las formas de aparición de la verdad, cuando nos aproximemos a ésta? Esas formas serán otras, mejores, más elevadas, pero no por eso se aniquilarán. Lo único que se reducirá a la nada será lo que en las formas usadas hasta ahora se presente como defectuoso; lo que fue antes legítimo seguirá existiendo, y sólo se hará más excelente (205).

Si los individuos conocieran perfectamente el tránsito que ha de verificarse en su vida, ésta no tendría razón de ser. Lo propio acontece con la vida de la humanidad; si al comienzo de cada nueva era de su vida tuviera la humanidad un programa ya hecho y trazado que le hubiese de servir de norma para su marcha, eso sería el signo más seguro de que

no vivía, de que no progresaba, sino que permanecía siempre en el mismo sitio. Los detalles de un nuevo sistema de vida no pueden sernos conocidos de antemano, por lo mismo que tienen que ser elaborados por nosotros. La vida no consiste en otra cosa sino en que conozcamos lo desconocido y en que nuestra conducta se ponga en armonía con lo que nuevamente vamos conociendo. Así se produce la vida del individuo; así se produce también la de las colectividades humanas y la de la humanidad (206).

LA PROPIEDAD

Tolstoi no puede menos que rechazar, con relación a los pueblos que en nuestra época han adquirido un alto grado de civilización, al mismo tiempo que el derecho y el Estado, la institución jurídica de la propiedad.

Ha existido, quizás, un tiempo en el cual era menos necesario el poder para asegurar a cada individuo, frente a todos los otros, la posesión de los bienes, que el poder usado en la lucha general por la posesión de los bienes; tiempo en el cual, por lo mismo, la existencia de la propiedad era preferible a su inexistencia. Pero ahora ya esa época ha pasado; el orden existente ha hecho su tiempo (207); aún cuando entre los hombres actuales no hubiese propiedad alguna, no por eso habría de encenderse entre ellos una lucha salvaje por la posesión de los bienes; todos ellos admiten los preceptos del amor al hombre (208); todos saben que todos los hombres tienen igual derecho a los bienes del mundo (209); y vemos a muchos ricos que renuncian a su porción hereditaria, por sentir con una delicadeza especial el influjo de la naciente opinión pública (210).

La propiedad es opuesta al amor, o sea al principio según el cual no debe resistirse al mal con la violencia (211). Más todavía, por lo mismo que la propiedad origina un dominio de los poseedores sobre los no poseedores, impide que por medio del amor sean todos los hombres hijos de Dios y que entre ellos exista igualdad (212); por cuya razón debemos rechazarla, aun prescindiendo de que, en cuanto institución jurídica, estriba sobre la fuerza. Los ricos, ya por el mero hecho de ser ricos, llevan encima de sí una culpa (213). Es un delito (214) que vivan en Moscú muchos miles de hombres hambrientos, ateridos de frío, profundamente envilecidos, mientras que yo y algunos miles de otros individuos comemos al mediodía filetes y lenguados, y cubrimos nuestros caballos y nuestros pavimentos con paños y alfombras (215). Yo seré un coautor de este delito, que se está cometiendo de un modo incesante, en tanto conserve un pedazo de pan de sobra, habiendo quien no tiene ninguno, o en tanto posea dos vestidos, habiendo quien no tenga uno siquiera (216). Tolstoi desarrolla detalladamente estas ideas.

La propiedad significa el dominio de los poseedores sobre los no poseedores.

La propiedad es el derecho de gozar y disfrutar en exclusivo las cosas, ora se gocen efectivamente, ora no (217). Muchos

de los hombres que me llaman su caballo -hace decir Tolstoi al caballo Leindwandmesser- no montan en mí, sino que quienes montan en mí son otros. No son ellos quienes me dan de comer, sino otros. No me hacen bien aquellos que me llaman su caballo, sino los cocheros, los veterinarios, y en general, hombres extraños. Posteriormente, cuando el círculo de mis observaciones se amplió, llegué a convencerme de que el concepto de mío, el cual no tiene otra base sino el instinto inferior y animal de los hombres, los cuales lo denominan sentimiento de la propiedad o derecho de propiedad, se aplica a muchísimas cosas más que a nosotros los caballos. El hombre dice: la casa es mía, y no vive en ella, no cuidándose más que de construirla y conservarla. El comerciante dice: mi tienda, mis almacenes, y su vestido no es del mejor paño que guarda en estos. Hay hombres que llaman mío un pedazo de tierra, sin haberlo pisado ni visto nunca. Los hombres se esfuerzan durante su vida, no por hacer lo que consideran bueno, sino por poder llamar mías el mayor número posible de cosas (218).

Pero la importancia de la propiedad consiste en que el pobre, que no es propietario, depende del rico, que lo es; el pobre ha de conseguir las cosas que necesita para vivir, pero debido a que éstas pertenecen a otro, no tiene más remedio que hacer lo que éste quiera, y sobre todo, no tiene más remedio que trabajar en beneficio de éste. Con lo que la

propiedad divide a los hombres en dos castas: una, de trabajadores, de oprimidos, que padece hambre y sufre; otra, de ociosos, de opresores, que goza y vive en la abundancia y la superfluidad (219). Todos somos hermanos, y sin embargo, todas las mañanas mi hermano o mi hermana me llevan mis vituallas. Todos somos hermanos, pero yo necesito todas las mañanas mis cigarros, mi azúcar, mi espejo y muchas otras cosas semejantes, en cuya producción y adquisición han consumido y siguen consumiendo su salud robustos hermanos y hermanas míos (220). Mi vida toda se desliza del siguiente modo: como, hablo y escucho; como, escribo y leo, o lo que es igual, nuevamente hablo y escucho; como y juego; de nuevo como, hablo y escucho; como y me acuesto; y al día siguiente, vuelta a empezar y a hacer lo mismo. Ni puedo hacer nada más, ni entiendo que se haga. Y para que yo pueda hacer lo que hago, es preciso que trabajen de la mañana a la noche los sirvientes, los hortelanos, el cocinero, la cocinera, el cochero, el lacayo, la lavandera; sin hablar del trabajo de otros hombres, indispensable para que dichos cocheros, lacayos, etc., hagan lo que tienen que hacer cuando trabajan para mi: vgr., los que fabrican instrumentos de hierro, vajilla, cepillos, vasos, muebles, y los que proporcionan velas, betún, petróleo, heno, leña, carne, etc., todos los cuales tienen necesidad de trabajar fuertemente todos los días, desde bien temprano

hasta bien tarde, para que yo pueda hablar, comer y dormir (221).

Donde principalmente se hace valer esta importancia de la propiedad, es con relación a las cosas necesarias para crear otras cosas, esto es, sobre todo, con relación al suelo y a los instrumentos de trabajo (222). No hay posibilidad de que exista agricultor sin campo cultivable, sin hoces, sin carros, sin ganado, como no puede tampoco darse un zapatero sin una casa edificada sobre el suelo, sin agua, aire e instrumentos manuales (223); pero la propiedad significa que muchas veces el agricultor no posee ningún campo cultivable, ningún ganado, ningún carro, y el zapatero ninguna casa ni ninguna lezna, ni material, y que estas cosas que ellos necesitan las retienen otros (224). De donde resulta que hay una gran parte de trabajadores privada de las condiciones naturales para la producción de los bienes, y que esta parte de trabajadores se encuentra en la precisión de servirse de los medios de trabajo ajenos (225); pudiendo suceder que el propietario de estos medios de trabajo obligue al trabajador a trabajar, no por su cuenta, sino por cuenta de un patrón o empresario (226). Por consiguiente, el trabajador trabaja, no para sí y en la medida de su deseo, sino forzado, en la medida del capricho de ciertos hombres celosos que nadan en la abundancia, en provecho de los ricos, de los poseedores de una fábrica o establecimiento

cualquiera (227). De esta suerte, significa la propiedad el despojo del trabajador por los que poseen la tierra y los instrumentos de trabajo; significa que los productos del trabajo humano van pasando poco a poco de las manos del pueblo trabajador a las de aquellos que no trabajan (228).

La significación de la propiedad, o sea, el hacer depender a los pobres de los ricos, se manifiesta también y de un modo especial, en el dinero. El dinero es un valor que siempre permanece, que siempre se considera justo y regular (229). Por consecuencia, el que posee dinero tiene en el bolsillo, como suele decirse, a los que nada poseen (230). El dinero es una nueva forma de esclavitud, que se diferencia de la antigua únicamente por su impersonalidad, por la carencia de toda relación humana entre el señor y el esclavo (231); pues la esencia de toda esclavitud consiste en aprovechar por la coacción la fuerza del trabajo ajeno, siendo para el caso indiferente el que éste aprovechamiento suponga la propiedad del esclavo por el señor, o que suponga la propiedad del dinero indispensable a los demás (232). ¿Cuál es la verdadera índole de mi dinero, y cómo he llegado a poseerlo? Una parte del mismo me proviene de las tierras que he heredado de mi padre. Para entregarme ese dinero, ha vendido el labriego su última oveja y su última vaca. Otra parte de mi patrimonio se compone de las cantidades que he percibido por mis novelas y por mis otros libros. Si éstos

son dañinos, he conducido al mal a los compradores, y he adquirido, por tanto de mala manera, el dinero procedente de ellos. Si, por el contrario, mis libros son beneficiosos a las gentes, la cosa es todavía peor, supuesto que no les he entregado sin más lo que necesitan, sino que les he dicho: entregadme diecisiete rublos y os daré los libros; y así como en el caso anterior el labriego vendió su oveja para pagarme, ahora el estudiante y el maestro pobre, y muchos otros pobres renuncian a lo más necesario para entregarme el importe de mis libros. De tal manera he amontonado una buena cantidad de dicho dinero. Pero ¿qué hago con ello? Lo llevo a la ciudad y se lo doy a los pobres, con la condición de que satisfagan todos mis caprichos, de que me sigan por la ciudad para ir barriendo las aceras por donde he de pasar, y de que construyan las lámparas, los zapatos, etc., esto es, de todo aquello de lo que he de servirme. Con mi dinero adquiero todos los productos del trabajo de ellos, esforzándome por darles lo menos posible y por obtener de ellos lo más posible. Y luego, cuando menos se espera, distribuyo algo de este mismo dinero gratuitamente a los pobres, no a todos, sino caprichosamente, a los que mejor me place (233); es decir, que con una mano les quito a los pobres miles de rublos y con la otra reparto entre algunos de ellos un par de kopeks (234).

El dominio de los poseedores sobre los no poseedores, originado por la propiedad, estriba en la violencia material.

El hecho de que las enormes riquezas que los trabajadores han producido estén consideradas, no como propiedad de todos, sino como propiedad de pocos elegidos, y el hecho de que sólo algunos individuos sean los que se hayan reservado el poder de cobrar impuestos del trabajo y de aplicarlos a su libre albedrío, no tiene su base en la voluntad del pueblo ni en las exigencias naturales, sino en que las clases dominantes encuentran en esto sus ventajas, y por virtud de la fuerza corporal que ejercen sobre los subyugados, disponen que sean así las cosas (235); es decir, que esa base hay que buscarla en la violencia y el homicidio y en la conminación de los mismos (236). Si hay hombres que entregan la mayor parte del producto de su trabajo a los capitalistas o a los poseedores territoriales, a pesar de considerarlo injusto como les acontece al presente a todos los trabajadores (237), es tan sólo porque saben que si no lo hacen así, se les golpea y mata (238). Hasta puede decirse que en nuestra sociedad, en la que, por cada individuo bien acomodado y perteneciente al grupo de los dominadores, hay diez trabajadores cansados, con las fuerzas agotadas, con un hambre voraz, fatigados de vivir, hasta con mujer y niños carentes de lo necesario, todos los privilegios que disfrutaban los ricos, todos sus placeres, sus voluptuosidades,

su lujo, no han sido adquiridos y no se mantienen actualmente, sino merced a los castigos, las prisiones y el patíbulo (239).

La que conserva la propiedad es la policía (240) y el ejército (241). Podemos figurarnos que no vemos al vigilante policíaco, que con el revolver cargado pasea por delante de nuestra ventana para defendernos, mientras nosotros nos hallamos saboreando un succulento banquete o presenciando el estreno de un drama; o que no nos percatamos de los soldados que se hallan preparados en todo momento para acudir con sus armas y cartuchos allí donde hay el propósito de tocar nuestra propiedad. Pero bien convencidos estamos de que si podemos concluir tranquilamente nuestro banquete y presenciar el estreno del nuevo drama; de que si podemos pasear sin cuidado, irnos de casa, asistir a una fiesta, lo debemos únicamente a las balas de los policías y a las armas de los soldados, las cuales están dispuestas a atravesar a los desarrapados que desde un rincón contemplan con el estómago vacío nuestras diversiones, y que se amotinarían contra nosotros no bien se alejase el polizone con su revólver, o si no quedara en el cuartel ningún soldado dispuesto a acudir en nuestro auxilio al primero de nuestros gritos (242).

El dominio de los poseedores sobre los no poseedores, originado por la propiedad, estriba en la violencia material de los dominantes.

Los mismos hombres de las clases no poseedoras, los cuales dependen de los poseedores a causa de la propiedad, tienen que prestar el servicio de policía, ser soldados, pagar los impuestos con los que se mantienen la policía y el ejército, y de esta y de otras maneras, o ejercen por sí mismos la violencia material que mantiene la propiedad, o si no la ejercen por sí mismos, la apoyan (243). Si no existieran estos hombres, dispuestos a castigar y matar cuando se los manden a quien bien parezca, nadie se aventuraría a afirmar lo que hoy afirman con toda seguridad y confianza los terratenientes que no trabajan, esto es, que el campo que circunda a los agricultores que mueren en él faltos de tierras, es propiedad de un individuo que no lo trabaja (244); entonces, no les habría pasado por las mientes a los dueños de los bienes quitar a los labriegos un monte que ha crecido ante sus ojos (245), y nadie se atrevería a decir que las provisiones de trigo almacenadas por el fraude en medio de una población de hambrientos deben conservarse intactas para que el comerciante en granos pueda lucrar con ellas (246).

El amor exige que sustituya a la propiedad una distribución de bienes fundada sencillamente en los preceptos del mismo. La imposibilidad de que continúe la vida como hasta ahora, y la necesidad de establecer nuevas formas de la misma (247), se refieren también a la distribución de los bienes. La abolición de la propiedad (248) y su sustitución por una nueva manera de distribución de los bienes, es una de las cuestiones que se hallan hoy a la orden del día (249).

Según la ley del amor, todo hombre que trabaja con arreglo a sus fuerzas, debe tener todo cuanto necesite, pero sólo tanto como necesite.

Que todo hombre que trabaja conforme a sus fuerzas debe tener todo cuanto necesite, pero nada más que esto, es cosa clara teniendo presentes dos preceptos que se derivan de la ley del amor.

El primero de estos preceptos dice: el hombre no debe exigir ningún trabajo a sus semejantes, sino que él mismo debe de consagrarse al trabajo en beneficio ajeno durante toda su vida. El hombre no vive para que nadie le sirva, sino para servir él mismo a otros (250). Por consiguiente no debe contar con el trabajo de los demás, ni creer que mientras mayor sea la cantidad de medios de subsistencia que genere, mayores y más fructuosas hayan de ser las prestaciones de trabajo que se le deban (251). La obediencia

a este precepto proporciona a cada hombre lo que necesita. Lo cual es aplicable, ante todo, a los hombres sanos. Cuando el hombre trabaja, el trabajo lo alimenta. Cuando otra persona utiliza para sí el trabajo de este hombre, también la alimenta éste, justamente porque se aprovecha de su trabajo (252). No se asegura el hombre su subsistencia despojando a los demás, sino haciéndose útil e indispensable a los demás. Cuanto más necesario se hace para los demás, tanto más asegurada tiene su subsistencia (253). Pero el cumplimiento del precepto de servir a los demás proporciona también la subsistencia a los enfermos, a los viejos y los niños. Los hombres no dejan de alimentar a los animales cuando están enfermos, ni matan a las bestias de mucha edad, sino que les dan un trabajo proporcionado a sus fuerzas, del propio modo que cuidan a los corderos, puercos y perros pequeños, para que se hagan grandes, porque esperan sacar de ellos utilidad. ¿Cómo, por tanto, no han de deber conservar a los hombres enfermos, de los cuales necesitan? ¿Cómo no han de encontrar trabajo proporcionado para el viejo y para el joven y cuidar a los niños para que se hagan grandes y, siéndolo, puedan trabajar para los que trabajan hoy para ellos (254).

El segundo precepto que se deriva de la ley del amor y del cual resulta que todo hombre que trabaje con arreglo a sus fuerzas ha de recibir cuanto necesite, pero no más de lo que

necesite, dice: Reparte lo que tengas con los demás; no amontones riquezas (255). A la pregunta que le hicieron sus oyentes, sobre lo que debían hacer, Juan contestó de manera sencilla, breve y clara: El que tenga dos túnicas, de al que no tiene; el que tenga que comer, haga lo mismo. (Lucas, III, 10 y 11). Y Cristo dijo lo mismo varias veces, todavía de un modo más claro y menos dudoso: Bienaventurados los pobres, decía, ¡ay de los ricos! Decía también que no era posible servir al mismo tiempo a Dios y a las riquezas. No sólo prohibía a sus discípulos recibir dinero, sino hasta poseer dos vestidos. Al joven rico le decía que no podía entrar en el reino de Dios porque era rico, y que era más fácil que entrara un camello por el ojo de una aguja que un rico en el cielo. Decía que aquel que no estuviera dispuesto a perderlo todo, la casa, los hijos, el campo cultivable, por seguirle a él, no podía ser discípulo suyo. Contaba a sus oyentes la parábola del hombre rico, el cual no hacía nada malo, más que vestirse, como hacen los ricos de hoy, con costosos hábitos y alimentarse con comidas y bebidas muy sabrosas, estando exclusivamente por eso su alma en camino de perdición; y les contaba también la del pobre Lázaro, que no hacía nada bueno, y que entró en el reino de los cielos, únicamente por ser un mendigo (256).

Pero, ¿de qué manera es posible realizar semejante distribución de bienes?

Quienes nos muestran esta posibilidad de mejor modo son los colonos rusos. Estos colonos llegan al terruño, se establecen fijamente en él y comienzan a trabajar, no pasándole a ninguno de ellos por las mientes que haya alguien que, sin poner esfuerzo alguno para utilizar la tierra, pueda tener el menor derecho sobre ella; por el contrario, los colonos consideran desde luego el terreno como un bien común y estiman como cosa absolutamente justificada el que cada cual cultive y coseche lo que bien le plazca. Para cultivar los campos, arreglar los huertos y edificar las casas, se proporcionan los necesarios instrumentos, sin que tampoco se le ocurra a ninguno pensar que éstos pueden producir renta alguna; por el contrario, los colonos consideran como una injusticia toda renta proveniente de los medios de trabajo, todo rédito por el grano prestado, etc. Trabajan en terrenos sin dueño, con instrumentos propios o con los que gratuitamente les prestan, y trabajan, bien cada uno por su exclusiva cuenta, bien todos de consuno por cuenta y en beneficio de todos (257).

Cuando hablo de semejante comunidad, no fantaseo nada, no hago mas que describir lo que ha acontecido en todas las épocas anteriores y lo que acontece también al presente, no tan sólo con los colonos rusos, sino dondequiera que se da un estado de agregación de hombres sometido a las leyes naturales y no perturbado por circunstancia alguna. Describo

lo que a todo el mundo le parece natural y racional. Los hombres se establecen de un modo fijo sobre el terreno; cada uno se dedica a su labor, se construye o proporciona los instrumentos que necesita para ella y se pone a trabajar. Si les parece conveniente hacer uso del trabajo en común, fundan una compañía de trabajo (258). Pero lo mismo en el sistema de la economía individual que en el del trabajo y la administración comunes, ni el agua, ni el terreno, ni los vestidos, ni los arados pueden ser de nadie mas que de quien se bebe el agua, se pone el vestido o usa el arado, pues todas estas cosas solamente son necesarias para quien las utiliza (259). Suyo propio, no puede uno llamar nada más que a su trabajo (260), por medio del cual obtiene lo que necesita (261).

MODO PRÁCTICO DE ACTUACIÓN

El cambio que el amor prescribe debe realizarse, según Tolstoi, haciendo que los hombres que hayan llegado a conocer la verdad convenzan al mayor número posible de los otros de la necesidad de semejante cambio, por exigirlo el amor; además, deben negarse a la obediencia, para abolir el derecho, el Estado y la propiedad y para dar origen al nuevo orden de cosas.

Es necesario, en primer término, que los hombres que hayan llegado a conocer la verdad convenzan al mayor número posible de los otros de que el amor requiere el cambio dicho.

Para que, en lugar de la organización social que repugna a nuestras ideas, se introduzca otra que concuerde con ellas, es ante todo preciso que la presente opinión pública, que es una opinión tradicional, superviviente, sea reemplazada por otra opinión pública nueva y viva (262).

No toda clase de hechos sirven para efectuar las transformaciones de mayor importancia y trascendencia en la vida de la humanidad; no sirven para ello, ni el equipar ejércitos formados por millones de hombres, ni el construir

caminos y máquinas, ni el erigir establecimientos, ni las revoluciones, las barricadas y las explosiones, ni el descubrir la dirección de los globos; lo único que al efecto sirve son los cambios en la opinión pública (263). La liberación no es posible, sino mediante un cambio en nuestra concepción de la vida (264); todo depende de la fuerza con que cada particular individuo tenga conciencia de la verdad cristiana (265); conoced la verdad, y la verdad os hará libres (266). La liberación tendrá que venir forzosamente cuando el cristiano reconozca la ley del amor, que su maestro le ha predicado, como absolutamente suficiente para regular todas las relaciones humanas, y se percate de la inutilidad o inconveniencia que supone todo poder (267).

En manos de aquellos hombres que conocen la verdad, está el poder de verificar semejante transformación en la opinión pública (268). Una opinión pública no necesita para nacer y extenderse cientos y miles de años, pues tiene la propiedad de obrar contagiosamente y de apoderarse con rapidez de un gran número de hombres (269). Así como basta con un golpe para convertir en cristal, en un momento, un liquido saturado de sal, así también quizá sea ya hoy suficiente el más pequeño esfuerzo para que la verdad, descubierta a cientos, miles y hasta millones de hombres, consolide una opinión pública acomodada a las ideas y conocimientos adquiridos, y para de esta suerte hacer que todo el orden

actual de vida se transforme en otro distinto. En nuestras manos está realizar este esfuerzo (270).

El mejor medio para producir la indispensable transformación en la opinión pública, consiste en que los hombres que han llegado a conocer la verdad den fe de ella con hechos. El cristiano conoce la verdad, solamente para dar fe de la misma ante aquellos que no la conocen (271); por medio de hechos (272). La verdad se les comunica a los hombres por medios de hechos de verdad. Los hechos de verdad iluminan la conciencia de todo hombre y destruyen de este modo la fuerza del engaño (273). Por eso, lo que debes hacer es propiamente lo siguiente. si eres terrateniente, debes entregar desde luego tus inmuebles a los pobres; si eres capitalista, debes dar tu dinero o tu fábrica, a los trabajadores; si eres príncipe, ministro, autoridad, juez o general, debes renunciar inmediatamente a tu puesto; y si eres soldado, debes negarte a la obediencia, sin temor a peligro alguno (274). Pero quizá carezcas de la fortaleza necesaria para hacerlo así, ya que tienes relaciones, parientes, subalternos y superiores: las tentaciones son poderosas y te faltan las fuerzas (275).

Pero hay otro medio, aun cuando no tan eficaz como éste, para producir la necesaria transformación de la opinión pública; y este medio puedes aplicarlo en todo momento

(276). Consiste en que los hombres que han llegado a conocer la verdad la manifiesten claramente (277).

Si los hombres, aunque fueran sólo algunos, quisieran hacer esto, inmediatamente dejaría de existir por sí misma la opinión pública anticuada, y surgiría una nueva y viva opinión pública, acomodada a los tiempos presentes (278). Ni millares de millares de rublos, ni millones de soldados, ni las instituciones, las guerras y las revoluciones, pueden tanto como la sencilla manifestación hecha por un hombre libre, diciendo que tiene tal cosa por justa o injusta. Cuando un hombre libre expresa honradamente lo que piensa y lo que siente, en medio de miles de otros hombres que de palabra y de obra siguen la conducta contraria, puede creerse que permanecerá aislado, que no tendrá quien le siga. Pero, por lo regular, las cosas acontecen de otra manera; todos, o la mayor parte de los hombres, han pensado y sentido de largo tiempo atrás, en silencio, lo mismo que él; y además, sucede que lo que hoy se considera meramente como la opinión de un solo individuo, mañana llegara a ser quizá la opinión de la mayoría (279). Con sólo que nos propusiéramos dejar de engañar y de aparentar que no vemos la verdad; con sólo que nos propusiéramos dar fe de la verdad que nos llama y confesarla con valentía, veríamos aparecer inmediatamente cientos, miles y millones de hombres que están en igual situación que nosotros, que ven la verdad lo mismo que

nosotros, que como nosotros tienen miedo de quedarse solos si la reconocen y confiesen, y que, como nosotros, no esperan más que haya otros que la confiesen (280).

Para producir el cambio de que se trata y hacer que ocupe una situación nueva el puesto que ocupan ahora el derecho, el Estado y la propiedad, es además preciso que los hombres que han llegado a conocer la verdad acomoden su vida a sus ideas, y sobre todo, que se nieguen a obedecer al Estado.

Los hombres mismos son los que han de efectuar el cambio. No deben esperar mucho a que venga alguien a ayudarles, sea Cristo en las nubes al sonido de la trompeta, sea una ley histórica o una ley de diferenciación o integración de las fuerzas. Nadie nos ayudara, si no nos ayudamos nosotros mismos (281).

Me han referido una historia que hubo de acontecerle a un comisario atrevido. Llegó a una aldea, donde, por consecuencia de un motín de campesinos, eran necesarios soldados. Conforme al pensamiento de Nicolás I, lo que él pretendía era que la simple presencia de su persona pusiese fin a la sublevación. Hizo, al efecto, que algunos jefes se proveyeran de varas, reunió a todos los campesinos en una panadería y se encerró con ellos. A una voz dada por él consiguió atemorizar de tal manera a los campesinos, que le dieron oído, y por orden suya, comenzaron a golpearse unos

a otros. Seguían golpeándose mutuamente, hasta que se tropezó con el campesino bobo, que no le obedecía, y que excitaba a gritos a sus compañeros para que no se pegaran entre sí. Entonces terminó la pelea, y el funcionario tuvo que escapar. Los hombres de nuestro tiempo deben seguir el consejo del campesino bobo (282).

Pero los hombres no deben efectuar el cambio por medio de la violencia. Los enemigos revolucionarios combaten al gobierno exteriormente; el cristianismo no lucha, lo que hace es conmover todas las bases internas de aquél (283).

Hay algunos que afirman que la supresión del poder, o cuando menos su aminoración, puede llevarse a cabo haciendo que los oprimidos sacudan violentamente el yugo del gobierno opresor; y muchos ponen en práctica tal doctrina. Pero lo que hacen es engañarse a sí mismos y engañar a otros, porque con su conducta no consiguen otra cosa sino aumentar el despotismo de los gobiernos, los cuales aprovechan tales conatos de liberación como favorables pretextos para fortalecer sus resortes y aumentar la opresión (284).

Y si se consiguiera alguna vez derrocar un gobierno, aún cuando fuese aprovechando circunstancias favorables, como por ejemplo, en 1870 en Francia, los partidos que por la fuerza hubiesen obtenido la victoria no tendrían más

remedio, para conservar el timón e implantar el sistema que ellos defienden, que hacer uso de todos los medios coactivos existentes, y hasta inventar otros nuevos. Serían esclavizados otros individuos y se les forzaría a hacer otras cosas; pero no sólo continuarían subsistiendo la violencia y la esclavitud actuales, sino que éstas adquirirían formas más crueles, por cuanto la lucha habría exasperado los odios, fortalecido los medios de esclavitud existentes e inventado otros nuevos. Esto ha acontecido después de todas las revoluciones, alzamientos y conspiraciones, y después de todo cambio violento de gobierno. Las luchas no hacen otra cosa que poner en manos de los poseedores de la fuerza nuevos y más severos resortes para esclavizar a los demás (285).

Los hombres deben efectuar el cambio, acomodando sus vidas a sus ideas y conocimientos. El cristiano se libra de todo poder humano, reconociendo como criterio único de su vida y de la vida de los demás la divina ley del amor, ley que se halla depositada en el alma del hombre y de la cual nos habla Cristo (286).

Esta ley enseña que se debe devolver bien por mal (287); que se debe dar al prójimo todo lo superfluo; sin quitarle nada de lo que necesite (288), y, sobre todo, no adquirir dinero y desprenderse de lo que se tenga (289); no comprar

ni arrendar (290), y satisfacer uno mismo sus propias necesidades, sin aborrecer ninguna clase de trabajo (291); pero lo que ante todo enseña es que se niegue obediencia a las pretensiones anticristianas del poder del Estado (292).

En Rusia, vemos que se niega muchas veces en la actualidad la obediencia a estas pretensiones. Hay individuos que se niegan al pago de los impuestos, que se niegan a prestar juramento así en general como ante los tribunales, a ejercer de policías, a desempeñar funciones de jurados y al servicio militar (293). Frente a las negativas de los cristianos, se encuentran los gobiernos en una situación embarazosa (294). Pueden castigar, ahorcar, encerrar de por vida y atormentar a todo el que pretenda rebelarse por la fuerza; pueden corromper a la mitad de los hombres y repartir dinero; pueden poner a su servicio a millones de individuos armados, dispuestos a reducir a la nada a todos sus enemigos. Pero ¿qué pueden hacer contra aquellos que no perturban ni se sublevan, contra aquellos que se limitan, cada uno de por sí, a no querer obrar en oposición a la ley de Cristo, y que, por lo mismo, se niegan a hacer las cosas de mayor necesidad para los gobiernos? (295) De cualquier modo que el Estado obre con respecto a tales individuos, no hará más que aniquilarse a si mismo, inevitablemente (296), y a la vez, como consecuencia, contribuir a la destrucción del derecho y de la propiedad y al establecimiento del nuevo

orden de la vida. Pues, si no persigue a gentes como los duchubors, los stundistas y otros, las ventajas que éstos tienen con su género de vida cristiana y pacífica, determinarán a otros individuos a seguir su ejemplo, cosa que harán, no solamente los cristianos por convicción, sino también aquellos otros ciudadanos que, bajo la capa del cristianismo, quieran sustraerse al cumplimiento de sus obligaciones para con el Estado. Y si, por el contrario, se muestra cruel con hombres, a los cuales no se puede acusar de otra cosa sino de esforzarse por vivir moralmente, lo que con esto conseguirá es ganarse mayor número de enemigos, hasta que llegue sin remedio un momento en que no se encuentre nadie dispuesto a perturbar al Estado haciendo uso de medios violentos (297).

El individuo debe comenzar a introducir el orden de la vida acomodado a sus ideas y conocimientos. No necesita esperar que hagan lo mismo que él todos o la mayor parte de los hombres.

El individuo no debe creer que no se adelantará nada con que él exclusivamente sea quien atempere su conducta a las enseñanzas de Cristo (298). Los hombres, en su situación presente, se asemejan a las abejas que han abandonado su colmena y que se apiñan alrededor de una rama. La situación de las abejas es transitoria y tiene que cambiar.

Han de volar y buscarse una habitación nueva. Toda abeja sabe que es así y desea poner fin al estado de malestar en que ella y las demás se encuentran; pero una sola no puede hacerlo; es preciso que las otras cooperen. Sin embargo, no todas pueden levantarse al mismo tiempo, pues hay unas que están pendientes de otras e impiden a éstas desasirse de la rama, por lo que todas siguen agarradas. Puede creerse que no hay salida alguna para las abejas que así se hallan (299); y de hecho así sería, si cada una de ellas no fuera un ser vivo independiente. Mas no se necesita sino que una abeja se alce y extienda su vuelo para que la siga la segunda, la tercera, la décima, la centésima, y todas; con lo que la anterior masa inmóvil, pendiente de la rama, se convierte en un enjambre que vuela libremente. Tampoco se necesita que haya más que un hombre que conciba la vida conforme lo enseña el cristianismo, y que luego le sigan un segundo, un tercero, un centésimo, para que se rompa el círculo mágico, del cual parece que no hay posibilidad de escapar (300).

El individuo no se debe dejar amedrentar por el temor al padecimiento. De ordinario, se dice: si yo solo sigo la doctrina de Cristo, en medio de un mundo que no la sigue; si renuncio a mis bienes; si presento sin resistencia las mejillas; y si me niego a prestar juramento y al servicio militar, se me tomará lo último que me quede, y si no me muero de hambre, se me apaleará hasta darme muerte, y si no se me

apalea hasta matarme, se me encarcelará o se me fusilará; y así habré sacrificado en vano toda la felicidad de mi vida, y hasta mi vida misma (301). Puede ser que las cosas acontezcan así. Si he de seguir la doctrina de Cristo, no tengo por qué preguntar por los disgustos que esto puede traerme, ni si moriré más pronto que no siguiéndola. Sólo puede preguntar estas cosas el que no ve cuán falta de sentido y cuán miserable es su vida en cuanto individuo, y se imagina que no morirá. Pero yo se bien que una vida en que se busca la propia felicidad es la mayor estulticia, y que una vida semejante, desprovista de finalidad, no puede menos que venir seguida de una muerte también sin finalidad. Y por eso no temo nada. Moriré como todos, como mueren aún aquellos que no siguen la doctrina de Cristo; sólo que mi vida y mi muerte tendrán un sentido para mi y para los demás. Mi vida y mi muerte contribuirán a la salvación y a la vida de los otros, que es precisamente lo que Cristo nos ha enseñado (302). Tan pronto como un cierto número de individuos acomoden su vida a sus ideas y conocimientos, la multitud les seguirá. El tránsito de los hombres desde un sistema de vida a otro no se verifica de un modo continuo, como va pasando la arena en un reloj de arena, grano a grano, desde el primero hasta el último; sino más bien al modo como se llena un vaso que se ha caído en el agua. Al principio, ésta penetra a lo largo de un solo lado y con igualdad; pero después, el vaso, por su propia gravedad, se

va al fondo, y entonces recibe de una vez toda el agua que puede contener (303). Así, el impulso dado por un individuo provocará un movimiento que, adquiriendo de vez en vez mayor rapidez y mayor extensión, avanzará como un alud, y de una vez arrastrará consigo a las masas, dando origen al nuevo sistema de vida (304). Entonces ya habrá llegado el tiempo en que todos los hombres estén llenos de Dios, en que eviten las guerras, en que conviertan sus espadas en rejas de arado y sus lanzas en hoces; es decir, hablando en nuestra lengua, el tiempo en que las cárceles y las fortalezas queden vacías, y en que no se usen ya la horca, los fusiles ni los cañones. Lo que ahora nos parece un sueño, encontrará su realización plena en una nueva forma de vida (305).

Notas a *Cristianismo y Anarquismo*

- (1) Este artículo sirvió de Prefacio a un folleto de M. V. Tcherkov, titulado, La revolución violenta o la Liberación cristiana. <<<
- (2) 1° de marzo de 1881. Muerte de Alejandro II. <<<
- (3) Trató de hacer volar el Palacio de Invierno en 1880 <<<
- (4) Dos de los autores de la muerte de Alejandro II. <<<

Notas a *El cristianismo anarquista de Leon Tolstoi*

- (1) Desgraciadamente, los altos costos de edición nos impiden editar la obra completa que consta de trescientas cincuenta y dos páginas.
- (2) Nos atrevimos a revisar y corregir el texto de la traducción, buscando contemporizarla.
- (3) El reino de Dios está en vosotros (todas las citas están tomadas de las obras de Tolstoi editadas en Alemania), páginas 244, 245, 280, 315 y 325.
- (4) El reino, op. cit., págs. 263, 285, 286; Exposición del evangelio, página 25; Religión y moral, pág.14.
- (5) En qué consiste mi credo, página 251.
- (6) Exposición, op. cit., págs. 13, 14, 16 y 17.
- (7) El reino, op. cit, págs. 96 y 97.
- (8) En qué consiste, op. cit., págs. 247 y 248.
- (9) La razón y el dogma, página 5.
- (10) En qué consiste, op. cit., pág. 196.
- (11) Exposición, op. cit., págs. 29, 30 y 51.
- (12) Exposición, op. cit., pág. 47.

- (13) El cristianismo y el amor a la patria, página 118.
- (14) Exposición, op. cit., pág. 29.
- (15) Exposición, op. cit., pág. 50, y Religión y, op. cit., pág. 27.
- (16) Sobre la vida, página 214.
- (17) Exposición, op. cit., pág. 214.
- (18) Exposición, op. cit., págs. 31, 32, 40 y 112.
- (19) En qué consiste, op. cit., pág. 164.
- (20) Exposición, op. cit., pág. 21.
- (21) Exposición, op. cit., pág. 21.
- (22) En qué consiste, op. cit., págs. 160 y 174.
- (23) En qué consiste, op. cit., pág. 166.
- (24) Confesiones, página 92.
- (25) El reino de Dios, op. cit., págs. 75, 77 y 79.
- (26) En qué consiste, op. cit., págs. 195 y 272; El reino de Dios, op. cit., págs. 72 y 73; Exposición, op. cit., pág. 5.
- (27) El reino de Dios, op. cit., pág. 234.
- (28) Sobre, op. cit., pág. 48.
- (29) Sobre, op. cit., págs. 66 y 72.
- (30) Confesiones, op. cit., pág. 54.
- (31) Sobre, op. cit., pág. 101.
- (32) Idem, op. cit., pág. 100.
- (33) Idem, op. cit., pág. 100.
- (34) Idem, págs. 101 y 160.
- (35) Idem. Id.
- (36) Sobre, op. cit., págs., 262 y 263.
- (37) Idem id.
- (38) Idem Id.
- (39) Religión, op. cit., págs. 21 y 22.
- (40) El reino, op. cit., pág. 71.
- (41) Exposición, op. cit., pág. 25.
- (42) Idem id.
- (43) En qué consiste, op. cit., págs. 138 y 139.
- (44) Idem, pág. 268.

- (45) Idem, pág 148.
- (46) Sobre, op. cil., págs. 159 y 160.
- (47) Idem, pág. 165.
- (48) Idem, pág. 164.
- (49) Idem, págs., 170 y 171.
- (50) El reino, op. cit., pág. 140.
- (51) Idem, pág. 139.
- (52) Idem, pág. 138.
- (53) Idem, pág. 142 y, En qué consiste, op. cit., pág. 17.
- (54) El reino, op cit., pag. 123.
- (55) Religión, op. cit., pag. 12.
- (56) El reino, op. cit., págs. 124 y 125.
- (57) El mañana de los propietarios de tierras, págs. 70 y 71.
- (58) Sobre, op. cit., pág. 148.
- (59) Idem, págs. 147 y 148.
- (60) Idem, págs. 122, 123, 125, 174 y 176.
- (61) Idem, págs 121 y 174.
- (62) Idem págs 26, 122, 123, 196 y 206.
- (63) En qué consiste, op. cit., pág. 17.
- (64) El reino, op. cit., pág. 144.
- (65) Idem, págs. 142 y 143.
- (66) Idem, pág 160.
- (67) Idem, pág. 144.
- (68) En qué consiste, op. cit., pág 122.
- (69) Idem, pág. 123.
- (70) Idem id.
- (71) Idem id.
- (72) Idem id.
- (73) Idem, pág 12.
- (74) Idem, id.
- (75) Idem, pág. 15.
- (76) Idem, pág. 15.
- (77) Idem, págs. 21 y 22.

- (78) Idem, pág. 22.
- (79) Idem, págs. 269 y 270.
- (80) Idem, pág. 282.
- (81) Idem, pág. 63.
- (82) En qué consiste, op. cit., págs. 17 a 20, y, El reino de Dios está, op. cit., pág. 208.
- (83) El reino de Dios está, op. cit., págs. 49 y 50.
- (84) Idem, pág. 50.
- (85) Idem, págs. 268 y 269.
- (86) Idem, pág. 269.
- (87) Idem, págs. 268, 300 y 301.
- (88) Idem, págs. 361 y 362.
- (89) En qué consiste, op. cit., págs. 29 y 32.
- (90) El reino de Dios, op. cit., págs. 361, 362 y 172.
- (91) Idem, pág. 172.
- (92) Idem, pág. 300.
- (93) Idem, pág. 361.
- (94) Idem, pág. 241.
- (95) Idem, pág. 240.
- (96) Idem, pág. 256.
- (97) En qué consiste, op. cit., pág. 29.
- (98) Idem, págs. 28 y 29.
- (99) Idem, pág. 32.
- (100) Idem id.
- (101) Idem, págs. 45 y 46.
- (102) Idem, pág. 29.
- (103) El reino de Dios, op. cit., págs. 361 y 362.
- (104) Idem, pág. 172.
- (105) Idem, pág. 268.
- (106) En qué consiste, op. cit., pág. 172.
- (107) Idem, pág. 120.
- (108) Idem, págs. 180 y 235.
- (109) Idem id.

- (110) El reino de Dios, op. cit., pág. 393 y En qué consiste, op. cit., pág. 121.
- (111) El reino de Dios, op. cit., págs. 393 y 394.
- (112) Idem, págs. 486 y 487.
- (113) Las persecuciones de cristianos en Rusia, pág. 47.
- (114) Exposición del evangelio, op cit., pág. 50.
- (115) El reino de Dios, op. cit., pág. 526.
- (116) En qué consiste, op. cit., pág. 121.
- (117) El reino de Dios, op. cit., págs. 142 a 144.
- (118) En qué consiste, op. cit., págs. 122, 123, 124, 179 y 219 a 220; Explicación del evangelio, op. cit., págs. 59 y 60, y, El reino de Dios, op. cit., págs. 143 y 144.
- (119) En qué consiste, op. cit., pág. 225.
- (120) Idem id.
- (121) Idem, pág. 121.
- (122) El reino de Dios, op. cit.. págs. 240 y 241.
- (123) Idem, pág. 336.
- (124) Idem, págs 335 y 336.
- (125) Idem, pág. 332.
- (126) Idem, pág. 211.
- (127) En qué consiste, op. cit., pág. 21 y Persecuciones, op. cit., pág 46.
- (128) El reino de Dios, op. cit., págs. 209 y 210.
- (129) Idem, págs. 164 y 167.
- (130) En qué consiste, op. cit., pág. 25.
- (131) El reino de Dios, op. cit.. pág 352.
- (132) En qué consiste, op. cit., pág. 50.
- (133) El reino de Dios, op. cit., págs. 229, 230 y 241.
- (134) Idem, págs. 209 y 210.
- (135) Idem, pág 274.
- (136) Idem, págs. 271 y 272. (137 Idem, pág. 271.
- (138) Idem, págs 339 a 341.
- (139) Idem, pág. 340.
- (140) Idem, pág. 340.
- (141) Idem, pág. 339.

- (142) Idem, págs. 339 y 340.
- (143) Idem, pág. 243.
- (144) El cristianismo y el amor a la patria, pág. 91.
- (145) El reino de Dios, op. cit., pág. 239.
- (146) Idem, pág. 243.
- (147) Idem, pág. 281.
- (148) Idem, pág. 442.
- (149) Idem id.
- (150) Persecuciones de cristianos, op. cit., pág. 41.
- (151) El reino de Dios, op. cit., pág. 327.
- (152) Idem, pág. 328.
- (153) El cristianismo y el amor, op. cit., pág. 120.
- (154) El reino de Dios, op. cit., pág. 443.
- (155) El cristianismo y el amor, op. cit., pág. 119.
- (156) El reino de Dios, op. cit., pág. 238. (157) Idem, págs. 248 y 249.
- (158) El cristianismo y el amor, op. cit., pág. 91.
- (159) El reino de Dios, op. cit., pág. 249.
- (160) Idem, pág. 245.
- (161) Idem, págs. 246 y 247. (162) Idem, págs. 250, 423 y 424.
- (163) Idem id.
- (164) En qué consiste, op. cit., págs. 26 y 27.
- (165) El reino de Dios, op. cit., pág. 274.
- (166) Idem, pág. 276.
- (167) Idem, pág. 422.
- (168) Idem, pág. 277.
- (169) Idem, pág. 276.
- (170) El cristianismo y el amor, op. cit., págs. 40, 41 y 100 a 102; El reino de Dios, op. cit., págs. 429 a 432.
- (171) El reino de Dios, op. cit., pág. 275.
- (172) Idem, pág. 422.
- (173) Idem, págs. 275, 276, de la 420 a la 422 y 444 y 445.
- (174) Idem, pág. 278.
- (175) Idem id.

- (176) Idem, pág. 279.
- (177) Idem id.
- (178) Idem, pág 511 y El cristianismo y el amor, op. cit., pág. 117.
- (179) El reino de Dios, op. cit., pág 189.
- (180) En qué consiste, op. cit., pág. 123.
- (181) El reino de Dios, op. cit., págs. 143 y 144.
- (182) Idem, pág 300.
- (183) Idem id.
- (184) Idem, pág. 301.
- (185) Idem id.
- (186) Idem. pág. 236.
- (187) Idem, pág 461.
- (188) Idem id.
- (189) Idem, págs. 461 y 462.
- (190) Idem, pág. 461.
- (191) Idem, pág. 255.
- (192) Idem id.
- (193) En qué consiste, op. cit., pág. 290.
- (194) El reino de Dios, op. cit., págs 255 a 258.
- (195) Idem, pág. 258.
- (196) Idem, pág. 289.
- (197) Idem, pág 372.
- (198) Idem, págs. 255 a 257.
- (199) Idem, pág. 257.
- (200) Idem, pág 510.
- (201) Las persecuciones de cristianos, op. cit., págs, 46 y 47.
- (202) El reino de Dios, op. cit., pág. 372.
- (203) Idem, pág 510.
- (204) Idem, pág 512.
- (205) Idem, pags 513 y 514.
- (206) Idem, pags 372 y 373.
- (207) Idem, pág 518.
- (208) Idem, pág 256.

- (209) Idem, pág 164.
- (210) Idem, pág. 376.
- (211) En qué consiste, op. cit., pág. 21 y Qué hacer, pàgs. 157 y 158.
- (212) El reino de Dios, op. cit., págs. 164 a 167.
- (213) Idem, pág 272.
- (214) Qué hacer, op, cit., pág. 19.
- (215) Idem, págs 18 y 19.
- (216) Idem, pág 19.
- (217) El dinero, pág. 18.
- (218) Leinwandmeeser, en Obras II, págs. 602 y 603.
- (219) El reino de Dios, op. cit., pág. 164.
- (220) Idem, pág. 168.
- (221) Qué hacer, op. cit., pág. 143.
- (222) El dinero, op. cit., pág. 18.
- (223) Idem, pág. 13.
- (224) Idem id.
- (225) Idem, pág 16.
- (226) Idem, pág. 15.
- (227) El reino de Dios, op. cit., pág 166.
- (228) Qué hacer, op. cit., pág. 139.
- (229) Idem, pág 152.
- (230) El dinero, op. cit., pág. 6.
- (231) Qué hacer, op. cit., págs 151 y 152.
- (232) Idem, pág 160.
- (233) Idem, págs. 134 y 135.
- (234) Idem, pág. 135.
- (235) El reino de Dios, op. cit., págs. 247 y 248.
- (236) Idem, pág. 406.
- (237) Idem, pág. 407.
- (238) Idem id.
- (239) Idem, pág. 409.
- (240) El reino de Dios, op. cit., pág. 492.
- (241) Idem, págs. 247 y 447.

- (242) Idem, págs. 492 y 493.
- (243) Idem, págs. 314 a 328.
- (244) Idem, págs. 424 y 425.
- (245) El reino de Dios, op. cit., pág. 425.
- (246) Idem id.
- (247) Idem, pág. 511.
- (248) En qué consiste, op. cit., pág. 249.
- (249) Idem id.
- (250) Idem, pág. 228.
- (251) En qué consiste, op. cit., págs. 227 y 228.
- (252) Idem, pág. 227.
- (253) Idem, pág. 229. (254 Idem, pág. 230.
- (255) El reino de Dios, op. cit., pág. 520.
- (256) Qué hacer, op. cit., págs. 157 y 158.
- (257) El dinero, op., cit., pág. 10.